Viejos Moldes
En Prosa y en Verso

Alfaro Cooper

897.286
A385v

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

This acquisition
was made possible
by
The Carnegie Corporation
of New York

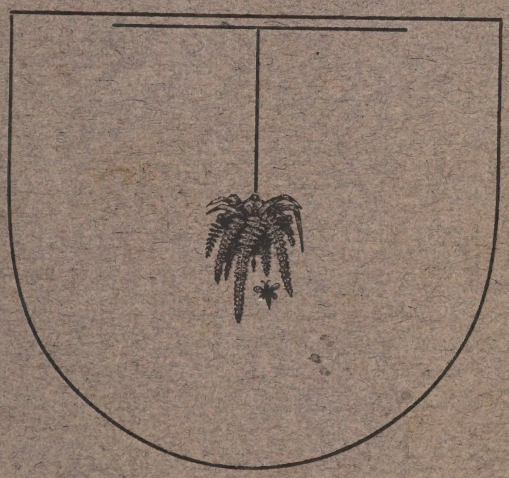
897.286
A385v

897.286
A 385 v

JOSÉ MARÍA ALFARO COOPER

Viejos moldes

EN PROSA Y EN VERSO



1915

SAN JOSÉ, COSTA RICA TIPOGRAFÍA NACIONAL

A mi querido amigo Eduardo Esquivel
fraternalmente,
J. M. Alfaro Cooper

JOSE MARIA ALFARO COOPER

VIEJOS MOLDES

EN PROSA Y EN VERSO

1915
SAN JOSE DE COSTA RICA
TIPOGRAFIA NACIONAL

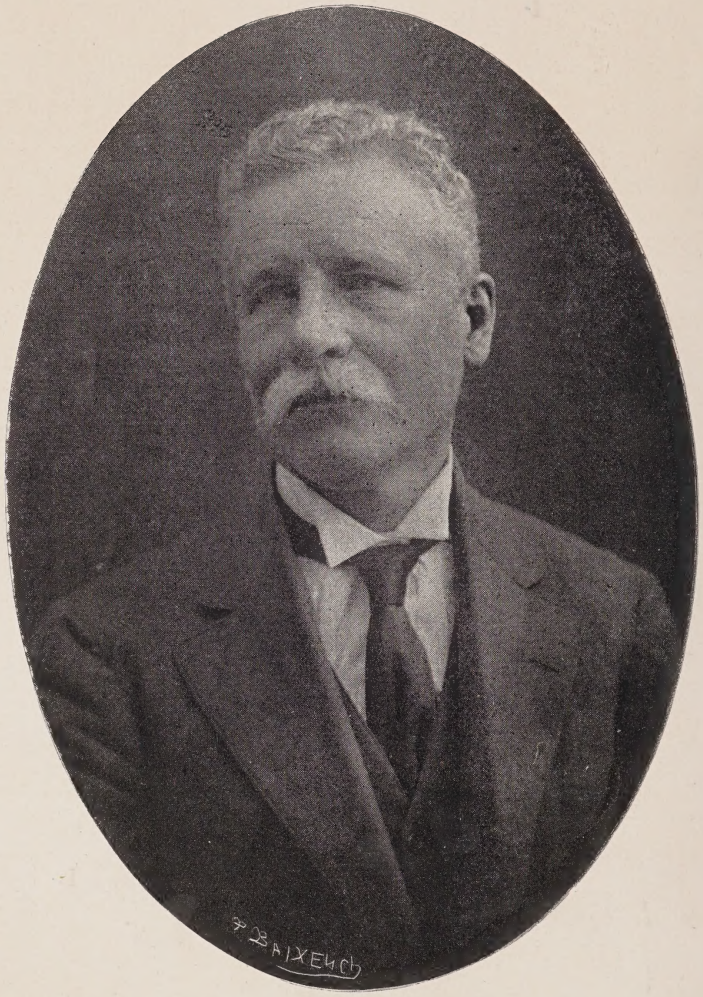
Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/viejosmodesenpro00alfa

A la bella y dulce compañera de José María Alfaro Cooper, poeta en el verso y en la vida, consagran esta ofrenda

Los editores

897.286
A385v
67787



JOSÉ MARÍA ALFARO COOPER

Ante mi retrato

(A mi distinguido amigo don José Fabio Garnier)

Cómo? este anciano de rugosa frente,
que tiene todos los cabellos blancos,
este anciano soy yo, que siento el alma,
de amor y de ilusiones desbordando?
Pero si yo no soy, esa es la jaula
de herrumbrados alambres y yo el pájaro
que en ella vive prisionero y triste,
que codicia el azul, ama el espacio
y con la asfixia atroz de la materia,
plegó sus alas y apagó su canto!

Anciano yo que siento los ardores
de grata juventud, enamorado
del más bello ideal que en sus delirios
concebir pudo el pensamiento humano!
que goza en contemplar toda belleza:
(como gozaba en mis mejores años)
grandioso mar, estrellas pensativas,
gentiles damas, lirios perfumados;
graciosos, puros, celestiales niños,
delicias del hogar que amamos tanto!
El hombre es tan feliz cuando disfruta
del dulce beso de infantiles labios!
qué sería la tierra sin la aurora
de la gracia infantil? Noche sin astros!

Yo que soy una lira que responde
al más leve rumor, eco lejano,
que no siento ambiciones y que llevo
dentro del corazón un incensario
para quemar en él, como una ofrenda
al buen Jesús, la mirra de mis cantos;
que amo a Dios, es decir al Amor mismo,
al hombre que es un ángel desterrado,
a las humildes bestias que son buenas,
cuando reciben cariñoso halago;
en los cielos, al sol padre del mundo,
y en los oscuros bosques.... a los cardos!
que detesto los odios y venganzas,
insolencias de grandes y nefandos
medios de exterminar a las naciones
cual si todos no fuésemos hermanos!

O, ilusiones quizá de mi ventura,
yo me siento más joven, como el árbol
viejo que tiende sus frondosas ramas
llenas de nidos y de arrullos blandos!
Viviendo como vivo entre dos cielos:
el de arriba y mi hogar, ser un anciano!

JOSÉ M. ALFARO COOPER

San José, 8 de enero de 1915.

VOCES DE ALIENTO [1]

JOSE MARIA ALFARO COOPER

Nació en la ciudad de San José, capital de la República de Costa Rica, en el año de 1861. Hizo sus primeros estudios en el Colegio de San Luis, de la ciudad de Cartago, y en este establecimiento obtuvo el grado de Bachiller en Artes.

A la edad de tres años perdió a su buena madre doña Cristina Cooper, y apenas contaba José María Alfaro doce años, cuando perdió a su padre, el abogado don José Joaquín Alfaro.

Huérfano y pobre, José María Alfaro debe su educación y sostenimiento a sus tíos maternos, don Juan y don Ricardo Cooper, a quienes él conserva inmensa y profunda gratitud.

Alfaro está recienvenido de Europa, después de haber permanecido allá, en varios países, el espacio de tres años.

Las poesías del joven Alfaro han nacido espontáneas como las flores del desierto. En ellas no se nota ningún espíritu de imitación. Correctas y variadas, muestran que el joven vate, dotado de las más felices disposiciones, será en lo futuro una brillante gloria de la poesía costarricense; no, mejor dicho, del Parnaso Centroamericano.

DR. RAFAEL MACHADO

1889

(De la *Lira Costarricense*)

---

1 Al publicar la colección completa de los trabajos literarios del autor, hemos creído conveniente reproducir, a guisa de prólogo, algunas de las apreciaciones que se han hecho acerca de ellos.—LA REDACCIÓN.

CARTA

DIRIGIDA AL JOVEN POETA JOSE MARIA ALFARO

ALFARO:

Con mucho gusto leí en el número 28 de *El Imparcial* las *Rimas* que dedicaste a Isidro Marín. De ellas me voy a ocupar, no para hacerte una crítica, que aunque quisiera no podría; sino para felicitarte. Mi felicitación no tendrá la autoridad de un maestro en el arte, ni mi opinión sobre ellas podrá hacer que aumenten de mérito; sin embargo no puedo prescindir de hacer de tus Rimas el tema de mi carta. Qué quieres? tú tienes la culpa, tú que con ellas has hecho que me olvide de las ridiculeces del mundo y que piense en algo más alto, porque yo, Alfaro, a pesar de todo, no tengo un alma tan fría y calculadora como parece; soy susceptible de sentir, y el que es capaz de entusiasmarse por medio del sentimiento, puede hacer algo, siquiera sea conocer y admirar las obras bellas producidas por los otros. He aquí por qué razón hoy, en vez de criticar ridiculeces, alabo bellezas.

Tus Rimas, Alfaro, son dignas de tí. Yo conocía pequeñas composiciones tuyas, en las cuales demostrabas la feliz disposición con que en buena hora buscaras asilo en el Templo de las Musas; pero tus Rimas han venido a completar la obra de mi admiración. Son muy bellas, tienen muy delicados pensamientos, versos muy armoniosos y un conjunto que rebosa sentimiento. Revelas mucha originalidad y no sé si hasta tu procedencia;.... en la pureza de la forma, me parece ver retratado el ambiente fresco y perfumado, con la esplendidez del cielo que limitó tu mirada de niño; en la virilidad de los pensamientos, la magestuosidad del coloso en cuya falda tuvieron lugar tus juegos infantiles... Yo no sé por qué, pero me parece que si no conociera al autor, adivinaría por lo menos su origen; debía ser cartaginés. Egoísmo sin duda!

Alfaro: al principiar me equivoqué; no es sólo una felicitación la causa de esta carta, es también una súplica; sí, una súplica al amigo, y que el amigo no puede negar sin rebelarse contra la amistad y contra Dios.

Porqué no cantas? te preguntó Marín y contestaste con tus Rimas, después de un prolongado silencio, y luego enmude-

ciste. Dices que amas... y sin embargo callas, y sin embargo no cantas.... Eso no puede ser!; el jilguero en la floresta, nunca cantó mejor que cuando tuvo al lado a su amada, ni más inspirado que cuando lamentó un amor perdido.

Por qué no cantas? te pregunto yo, repitiendo las palabras de un amigo.... Oh! canta, canta, te suplico en nombre de la amistad que te profeso; canta, yo te exhorto en nombre de Dios, del Dios a quien plugo poner en tus manos una lira a cuyas sonoras vibraciones el alma se conmueve y el corazón se enardece. Canta a Dios, canta a la Natura, canta a la Patria, canta a la Amistad, canta al Amor, canta a lo que quieras; pero canta, canta, no dejes en la noche del olvido una lira que te fue dada para brillar a la pura luz de la inmortalidad.

Canta, canta, te lo suplica

tu amigo,

PASCUAL
(José María Solano)

Mayo 20 de 1881.

LA NOSTALGIA

DE ALFARO COOPER

«.... poeta de cristal por lo delicado, al que habría que contar en el número de los venturosos, si existieran. Es de la casta que él imagina». Eso decía yo de Alfaro Cooper en una carta que me permití dirigir a doña Rosa de Chavarría, a propósito de sus *Orquídeas*. Y ¿quieren ustedes algo más cristalino, más puro, más *esencial* que los versitos *Nostalgia* publicados en *Pandemónium* del 22 de agosto? ¿Hay manera de transparentar, en verso ni en prosa, un alma tan clara como la del autor de aquellos versitos? ¿Cabe más poesía ni más melancolía—la melancolía por el bien aspirado y no poseído—que las que se encierran en aquellos renglones cortos, por lo escrito, grandes, inconmensurables, inmensos por lo que ellos sienten. Ellos

sienten, sí; ellos digo, porque ellos son el alma entera de su autor y no han hecho más que trasladarla, íntegra, sin la más pequeña rozadura, al papel.

Hay que haber tratado con alguna intimidad a José María Alfaro Cooper: hay que haberlo oído hablar de todo lo que él puede hablar, que no es poco: hay que haberle visto mirar a su excelente, a su dignísima esposa: hay que haberle visto cuidar a sus hijos: hay que haberle visto, en fin, en todas las cosas de la vida del sentimiento, para saber, como lo sé yo, que en aquel espíritu tranquilo, por ser espíritu, pero inquieto a veces por las impresiones que en él graba la materia, no hay, no ha habido nunca, no puede haber nada nebuloso, nada oscuro, nada negro: todo él es claridad, todo él es bondad, todo él... todo él es nostalgia: nostalgia del bien adivinado y no poseído.

Ese espíritu sano es lo que hace de Alfaro Cooper un poeta entero. Hará versos mejores o peores pero siempre hará poesía. Recuerdo—hará de ello poco más de un año—que en la intimidad a que nos llevó una amistad sincera, franca y sin la más pequeña mácula de interés, ni suyo ni mío, me leyó Alfaro Cooper unos versos, digo mal, un pedazo, un rasgón de su innata poesía. Líneas cortas, dedicadas a su esposa, en conmemoración, tal creo, de su natalicio. ¡Qué ridiculez!—dirán algunos poetas—dedicar versos a su propia mujer! ¡Qué belleza de alma!—digo yo—y que belleza de composición en la que se dejaba ver aquel espíritu sano, de que he hablado: qué ternura, qué paz, qué amor—ese sublime que emana de Dios, no el *otro* que tantos cantan—qué poesía más natural!

Pues lo mismo digo—y dirán muchos que no saben hacer versos—de *Nostalgia*. Si Alfaro tiene la costumbre de confesarse—que no lo sé—no llevará nunca mayor sinceridad, ni mejor examen de conciencia a los pies del confesionario, que los que han guiado su pluma al escribir *Nostalgia*.

¡Oh Yo tengo una patria,
una patria celeste
donde sólo hay dichosos,
donde el alma no tiene
sino amor sin engaños
para todos los seres.
Allí el odio no existe,
ni el orgullo insolente
ni la humana falsía,

ni la ira que enciende
las pasiones salvajes
que desgarran y muerden...

¿Puede decirse mejor lo que constituye esa aspiración a lo bueno, lo justo, lo infinito que todos sentimos y que en Alfaro Cooper es... su todo?

Nadie me llamó a este juicio: acudo a él porque leer los *versitos* de Alfaro y coger la pluma para escribir esto, de un tirón, sin pensarlo, pero sintiéndolo muy hondo, todo ha sido uno.

Ahora el señor director de *Pandemónium* que haga lo que le parezca, ya que ninguna honra va a proporcionarle el ostentar en su revista, junto a otras meritísimas, la insignificante firma de

CÉSAR NIETO

Barcelona, 18 de setiembre de 1904.

(De *Pandemónium*)

JOSE MARIA ALFARO COOPER

En esta mascarada de la vida en que todos gritan a voz en cuello y las multitudes locas de entusiasmo se arremolinan para llevar en hombros a insoportables medianías; cuando al tintineo del oro los mercaderes de conciencias bailan macabras danzas; cuando los jóvenes siguen a fingidos apóstoles empecinados en su cárcel de egoísmos, nada hay más hueco que el renombre.

No es, pues, extraño que al hablar una vez de Alfaro Cooper se me preguntara: ¿Quién es?—Los que viven para la vulgaridad, no deben ni pueden conocer a los que viven para el sentimiento.

Alfaro Cooper es todo un corazón, un hombre que lo ama todo porque todo lo cree bueno, un niño, indudablemente, que

no quiere comprender la perfidia y la maldad de los hombres. Nunca la fama de trompetas destempladas ha podido llevarle en sus corceles, porque él, para ocultarse, se ha recogido dentro de su corazón como una perla dentro de su concha.

Es, sin embargo, una sensitiva, un poeta delicado. Sus poesías tienen algo que sabe a besos de niños rubios.

No es viejo; su primera luz alumbró en 1861. Empero, Alfaro Cooper, hastiado ya de luchar contra la vulgaridad, ha enmudecido. Apenas las primeras nieves de la vida albean en su cabeza y ya se siente cansado.

¿Le acusaré de débil porque no sabe luchar? ¿Pero es acaso que luchan los ruiseñores? Sin embargo, de tarde en vez, cuando en sus jardines interiores se abren los lirios de un sentimiento hecho caricia, cuando allá, en la dulce paz del hogar, entre las nubes amontonadas de las diarias necesidades, puede ver el azul infinito, el azul profundo del cielo de sus ideales, toma la copa de un lirio y brinda por la armonía.

Su delicadeza es entonces extremada, su ternura exquisita y el vuelo de su inspiración le hace posarse en las frondas aromosas del bosque del ensueño.

Para quien como él repugna sinceramente el aplauso bullicioso, tenemos el efusivo y mudo abrazo. No lo aplaudimos, lo abrazamos.

(De *Selenia* — Redactor, Luis Dobles Segreda)

RINCON DE AFECTO

UN HOMENAJE

Y ahora, guardo el chiste risueño y punzador.

Venga la sonrisa afable, la sonrisa plácida, la sonrisa ingenua. Aquella que parece un hilito de agua saliendo de una roca. Aquella que parece una abeja saliendo de una flor.

Esta mañana, como pan de ensueño, un muchacho me trajo el número 40 de la *Colección Ariel.* Contiene las poesías de José María Alfaro Cooper, uno de los más puros e inspirados

cantores de nuestra tierra. El único que aquí ha podido disputar al siempre llorado Aquileo el título de verdadero poeta.

Sentimiento tan exquisito como el suyo jamás lo he conocido. Alma tan blanca no ha flameado talvez sobre el pensamiento de ningún otro de nuestros escritores.

No es que tenga una fantasía desbordante, ni que embadurne las páginas en que vierte la proyección de sus visiones.

No es que conozca y maneje el fácil artificio de construir altas figuras a base de sandez.

Es que sabe expresar lo que siente con tan bella y cristalina sencillez!

Es que sabe sentir tan dulces cosas!

¿Por qué habrá enmudecido el ruiseñor que fue en otros días orgullo de la selva?

Este libro que el laborioso editor de la *Colección Ariel* hoy nos presenta, tiene el encanto de un hermoso recuerdo.

Quizás al recibir ese rocío de estímulo el poeta a quien viene a enaltecer, sienta de nuevo vibrar con la dulzura de antes el arpa melodiosa de su corazón.

¡Ah! si así fuera! El mismo lo ha dicho en una de sus más inspiradas estrofas:

> "*en mi pecho de viejo*
> *siempre late un ardiente, juvenil corazón*"

Al abrazar con sincera efusión al poeta amigo, desde este campo de jovialidad en que he venido a plantar, talvez definitivamente, mi tienda peregrina, escojo la mejor de sus joyas para engalanar con ella esta *Linterna*.

Tal mi homenaje de ardiente admiración.

BILLO
(JOSÉ MARÍA ZELEDÓN)

(De *La Linterna*)

POESIAS DE ALFARO COOPER

Cuando llega a mis manos un libro publicado en este ambiente completamente refractario a las bellas artes, en cualquiera de sus manifestaciones, recuerdo una parábola que allá, en la bella Italia y a orillas de la fantástica laguna veneciana, me contó una dulce amiga diciéndome que era una alegoría popular:

Había una vez un cisne blanco, muy blanco, que vivía en un lago en cuyas orillas crecían árboles bajos y frondosos que lo hacían sombrío. Aquel lago reflejaba, en las noches, las estrellas que desde el cielo nos envían sus sonrisas afectuosas. Y el cisne salía cuando las encantadoras estrellas empezaban a brillar en el espejo del lago y se paseaba orgulloso por entre aquel millar de puntos luminosos, dando a entender que bogaba en un lago de luz blanca, endonde lo más blanco eran sus plumas blancas y endonde lo más bello eran sus ojos bellos. De cuando en cuando, sumergía el pico disponiéndose a pescar algo y después tragaba con fruición divina, como si aquello que comía fuese un manjar delicadísimo de esos que no se encuentran a cada paso. El pobre cisne comía estrellas, mejor dicho, se alimentaba de reflejos de estrellas en un lago sombrío. Y era feliz y vivía altivo enmedio de sus compañeros, porque ninguno de ellos salía a pasear de noche por el bellísimo espejo de las aguas ni conocía las estrellas ni la dulzura de las imágenes que ese lago fabricaba en su seno de sombras. Comer estrellas! tal era su único afán, tal era su única vida, alimentarse de luz, de ideal! Por eso no se le veía durante las horas del día, como a los otros cisnes, pasear su vanidad por enmedio de las hojas secas que los árboles de la orilla lloraban sobre la superficie tranquila del lago; por eso, quienes lo veían afirmaban que estaba enfermo, que sufría algún pesar, que talvez la bella adorada lo había despreciado en el momento mismo en que él la declaraba su pasión inmensa.

Y era que nadie conocía su dulce secreto!

Pero un animal de esos que viven en las orillas de los lagos y que pasan el día y la noche buscando en el fango lombrices con las cuales alimentarse, notó los amores del cisne con la sombra y el banquete de estrellas que se servía en cada noche. Y, envidioso, se acercó a él y le dijo que lo que comía no eran

estrellas, que lo que creía tragar no eran sino reflejos de astros nada más, que aquello no podía servirle porque las ilusiones, aunque sean ilusiones de estrellas, no alimentan, no satisfacen las necesidades del organismo.

Y el cisne, enamorado de la noche, al principio no hizo caso, siguió creyendo en las estrellas y en sus reflejos; pero el otro insistió tanto, que obligó al cisne a meditar acerca del valor alimenticio de los reflejos de luna y de astros. Y empezó a creer en lo que le decían y empezó a enflaquecer y a mostrarse más retraído que nunca. Su mal aumentó hasta el punto que un día lo encontraron muerto junto a unos rosales florecidos que crecían a la orilla del lago.

El ideal lo había hecho morir. Mientras creemos en el ideal y en su consistencia y en su eternidad vivimos satisfechos, aunque ese ideal sea una ilusión, aunque ese ideal sea un reflejo de estrella en el lago sombrío de nuestra mente; pero cuando nos falta la confianza que debemos tener en ese ideal, cuando nos damos cuenta de que es un reflejo de luna, cuando se convierte en algo ilusorio, entonces mueren en nuestro interior las grandes aspiraciones, se apagan los grandes entusiasmos y muere, dentro de nosotros, todo, absolutamente todo, como murió el cisne del cuento de mi dulce amiga, junto a unos rosales florecidos que crecen a la orilla del lago de nuestra inteligencia.

Esa alegoría popular se presenta de nuevo a mi mente hoy que uno de los más dulces poetas de Costa Rica, abandonando la soledad de que gustaban sus rimas encantadoras, reune sus más bellas estrofas en un volumen primoroso.

José María Alfaro Cooper no ha sabido escuchar a esos que afirman que las flores del alma—poesías, pinturas, armonías, esculturas y prosas bien modeladas—no son sino reflejos de estrellas en un lago sombrío. En el apartamiento en que ha vivido, su musa acostumbraba salir de noche, bogando en un lago de luz blanca, endonde lo más blanco eran sus tiernos pensamientos, endonde lo más bello eran sus bellos pensamientos.

El volumen suyo de Poesías editado por Joaquín García Monge, ese hombre admirable por su laboriosidad, es un volumen de ternuras endonde el crítico, acostumbrado a buscar siempre las cosas bellas, encuentra una grande naturalidad y una maravillosa sensibilidad; la de Alfaro Cooper es una poesía instintiva que surge del alma sin otra veste que la tenue fosforescencia de sus alas de libélula; ningún artificio; su caracterís-

tica es precisamente la sinceridad; sus cantos son apasionados, encantadores, sonrientes a veces, a veces conmovidos, llenos de ardor y de aspiración hacia las cosas bellas y nobles, hacia lo infinito, hacia lo humanamente divino; son cantos saturados de idealidad. De ellos, en la primera de las poesías que aparecen en este volumen, dice el poeta:

he vertido en vosotros toda el alma:
mis dudas, mis congojas
y este sediento afán que no se sacia . . .

Son versos, que despiertan ternura en las almas de quienes los leen con cariño, son versos a los cuales nadie puede tenerles lástima, como cree el poeta, porque las cosas bellas no pueden inspirarla; lo único que logran despertar es la envidia que se encuentra acurrucada en las sombras de las almas bajas.

El anhelo del poeta es ir siempre más allá, cada vez más allá, deseando tender el vuelo airoso por las alturas endonde el sufrimiento es algo bello, algo que purifica al hombre y lo hace cada vez más bueno, cada día más delicado, cada año más humano y cada vida más divino:

subamos más allá, que el pecho henchido
de una santa ambición busca anhelante
una huella del astro apetecido.
Y busco, y busco más; y nada encuentro,
y reconozco al fin de la jornada,
que si el alma se sale de su centro
y busca más allá, no encuentra nada.

Las almas bellas todo lo encuentran dentro de sí mismas; nada hallan fuera de ellas porque viven una vida íntima, lejos de toda influencia exterior; porque no sienten vanidades, pues el aplauso que buscan es el aplauso que, satisfechas de su propia labor, ellas mismas se dan en silencio, sin ostentaciones, humildemente me atrevería a decir, con una de esas paradojas que son mi encanto.

En la poesía titulada Ilusion y Realidad, el artista hecho filósofo raciocina acerca de la verdad del desconsuelo, acerca de la mentira de la fe; son tres estrofas dolorosas en las cuales se siente más amarga la amargura, como lo afirma el mismo poeta en esa composición. Se pregunta el autor con tristeza:

Cómo he de mirar, Dios mío,
para hallar la vida hermosa?

Y el crítico que está obligado a reunir en collar valioso las perlas que los artistas distribuyen aquí y allá, contestaría con toda sinceridad: Has de mirar del modo con que miraste cuando escribiste aquella hermosísima poesía DE MI HOGAR, en la cual todos aquellos que tenemos en nuestras casas cabecitas rizadas que acariciar y labios sonrosados balbucientes que besar, encontramos mucha belleza, mucha ternura, mucho amor a esta vida que es hermosa, encantadora:

Tengo en mi casa un pimpollo
hecho de nieve y de rosa,
es un diablillo animado
por una fúlgida aurora,
tiene los ojos azules
y la cabellera blonda,
una mirada traviesa,
una risa juguetona,
un olorcillo indecible,
diré mejor, un aroma
desconocido al olfato
de las extrañas personas,
pero que percibe el alma
de toda madre amorosa.

Al través de esos ojos azules, de esa cabellera blonda, de esas miradas traviesas, de esa risa juguetona y de ese olorcillo indecible, es como se ve la vida más hermosa, es como el alma se siente más enérgica, preparada para luchar contra todas las dificultades de la existencia y vencerlas.

Es, en esa visión que a diario tienen todos los padres amorosos, en donde se encontrará

el acorde poderoso
que convierte en acento cadencioso
la borrasca febril del corazón.

Y se encuentra también en la presencia de aquella dulce mujer

que es la gracia y es la luz de la vida
que ilumina, embalsama y embellece el hogar,

con la cual se han vivido catorce años,

es decir, catorce días

y a la cual se le dice con ternura:

Yo miento cuando te digo:
"te quiero cual te quería
en aquel dichoso día
en que me casé contigo.
. . . . . .
si ya no te quiero tanto,
es porque te quiero más.

La presencia de esa mujer en el nido es causa suficiente para olvidar que

si un instante el espíritu revive
y el pensamiento erguido se levanta,
la luz de las pupilas se abrillanta
y un angel viene a acariciar mi sien,
cobra más ira la congoja horrenda,
redobla su furor, la luz se apaga,
nuevos despojos la tormenta traga
y el ángel huye sin piedad también.

De una delicadeza poco común es la estrofa cuarta de las Rimas; el beso de la mujer amada, cuando ese beso es la recompensa que recibimos por algo bello que llevamos a efecto o es el bálsamo que se nos aplica a una herida del alma, conmueve más que todo lo que logra inspirar temor en los corazones débiles.

Que se nutra el espíritu de sombras,
y escuche el corazón voces de muerte,
y tenga ante mi vista la esperanza,
y que me tenga miedo y que se aleje.
Que sienta sobre el pecho lacerado
el aguijón mortal de la serpiente,
discurriendo la sangre por mis venas
con el hervor maligno de la fiebre,

que la Gorgona misma ante mis ojos,
con su terrible faz se apareciese;
todo, todo a la vez; ya no es bastante,
no llegará jamás a conmoverme....
Y me sentí temblar cuando imprimiste
aquel beso de amor sobre mi frente!

Las poesías que en este libro están dedicadas a cantar las hermosuras del hogar, son deliciosas: AUSENCIA, en la cual llora porque se halla lejos de su compañera adorable; AMORES, en donde con una sencillez incomparable, canta los amores de una chiquitina de quince meses con un rapazuelo que

muestra ufano
las pantorrillas
bajo los pliegues
de su batita;

RIMAS BREVES, curiosa poesía de versos de dos sílabas en la que el poeta, en su insaciable sed de bien, aconseja, al hijo del alma, amor hacia los niños que sufren y que lloran sin culpa alguna; LA ABUELA, preciosas estrofas de versos trisílabos en las que entona laúdes bien merecidos a la madre—dos veces—la plácida abuela; por último, NOCHE BUENA, visión sentida de esa época inolvidable para niños y para viejos.

Todas esas poesías del hogar son encantadoras, llenas de encantos sinceros, nada empalagosas y ficticias como lo son, por ejemplo, las poesías de ese fastidioso Juan de Dios Peza. Hay en ellas vida y más que vida, alma sencilla, amorosa.

El pequeño volumen se cierra de una manera poco común. LÁGRIMAS DE MADRE, EL ÁNGEL, DOS JUICIOS SOBRE LA VIDA HUMANA y LA ROSA son traducciones directas del ruso, las tres primeras en verso, la última en prosa.

Del jardín fragante de la lírica rusa, Alfaro Cooper ha traído a nuestra lírica las bellas frases y los hermosos sentimientos de Nekrassof, de Lermontoff, de Pouchkine, de Filator y de Turgueneff. Esfuerzo que significa mucho en un país como el nuestro endonde se hace ostentación de ignorar todo lo que es arte, un país como acertadamente dice Rufino Blanco Fombona, en el prólogo de la ANTOLOGÍA DE POETAS MODERNISTAS, que no culmina como productor de arte y que, en ese camino, debe

ceder la delantera a otros países, menos espartanos, o menos beocios, cartagineses y fenicios.

En resumen, un pequeño libro hecho de páginas de vida, cantos de inspiración sincera y de grande espontaneidad en la forma, vibrantes de piedad y de cariño humanos, cantos de amor armoniosos que franciscanamente abrazan a la naturaleza y a toda la humanidad para celebrar la belleza de la vida.

José Fabio Garnier

(*De La Información nº 1780*)

VIEJOS MOLDES

VIEJOS MOLDES

POESÍAS DE JOSÉ MARÍA ALFARO COOPER

A MIS VERSOS

Oh! pobres versos míos,
nacidos todos de mi pena amarga,
botados a la luz de la existencia
con el calor de mis ardientes lágrimas,
lamentos ay! de un corazón cobarde,
acordes de una música lejana,
que vais adonde van mis pasos torpes...
hacia la noche aciaga;
quimeras o verdades de la vida,
he vertido en vosotros toda el alma:
mis dudas, mis congojas
y este sediento afán que no se sacia...
Algunos hay que os miran con ternura,
otros os tienen lástima,
y ¿envidia? Nadie, no se tiene envidia
del ser que gime entre la sombra y pasa,
mendigo del amor que va implorando
un poco de esperanza...
Los más, sobre vosotros nunca dejan
caer una mirada!

1889

TRISTEZA

Huérfano fuí desde mi edad temprana,
mi infancia en el olvido se pasó,
mi juventud en el pesado hastío,
profundo, abrumador;
huraño siempre a la ternura ajena,
pues nunca sentí yo,
ni en la frente los besos de mi madre,
ni en los labios el beso del amor...

Ya me siento cansado de la vida
y miro con placer
la calma soporosa de las tumbas
y ese triste vaivén
con que mueve la brisa sollozante
las enlutadas ramas del ciprés...
Qué dulce debe ser estar ya muerto!
Qué dulce debe ser!

1889

ANHELO

Oh, yo quiero saber! El vuelo airoso
rápido tenderé por las alturas,
y, a pesar de tu brillo esplendoroso,
he de salvar, oh Sol, tus lindes puras;

al lado del que busca el alma mía,
con tus reflejos de oro y de topacio,
vienes a ser la noche de su día
o un cadáver errante en el espacio.

Oh! yo quiero saber; pues adelante,
subamos más allá, que el pecho henchido
de una santa ambición busca anhelante
una huella del astro apetecido.

Y busco, y busco más; y nada encuentro,
y reconozco al fin de la jornada,
que si el alma se sale de su centro
y busca más allá, no encuentra nada.

1883

ILUSIÓN Y REALIDAD

Cuando el filósofo ve,
con su mirada de hielo,
la verdad del desconsuelo,
la mentira de la fe;
pregunta al cielo ¿por qué
me diste tu luz divina,
si en lo que el alma imagina
con más delicioso halago,
ve la razón tanto estrago
y en cada flor tanta espina?

Y el vate que eleva el canto
de encantadoras caricias,
ahogando va sus delicias
en los raudales del llanto;
porque ha delirado tanto
en su sueño de ventura,
que cuando su labio apura
el acíbar del dolor,
más agrio encuentra el licor,
más amarga la amargura.

Llora el sabio la ficción
de la ilusión de su vida,
y el vate llora perdida
la vida de su ilusión,
y yo con igual pasión,
cuando la pena me acosa
con su sombra venenosa,
exclamo en mi desvarío:
Cómo he de mirar, Dios mío,
para hallar la vida hermosa?

1883

RIMAS

I

Cantar! Qué he de cantar! si estoy herido
por un martirio devorante y fiero,
si del dolor el límite postrero
he tocado tal vez. Qué he de cantar!
Y ¡cómo he de cantar! cuando la pena
que muerde con furor el pecho mío
ya no es pena no más, es desvarío
que hace mi corazón agonizar.

Si un instante el espíritu revive,
y el pensamiento erguido se levanta,
la luz de las pupilas se abrillanta
y un ángel viene a acariciar mi sien,
cobra más ira la congoja horrenda,
redobla su furor, la luz se apaga,
nuevos despojos la tormenta traga
y el ángel huye sin piedad también.

Y he de fingir torturas que no siento
por caprichos no más del entusiasmo?
O cantar y llorar? Vano sarcasmo
digno de la careta de un histrión!
Es imposible ¡oh Dios! En dónde, endónde
encontraré el acorde poderoso
que convierta en acento cadencioso
la borrasca febril del corazón?

II

Ay! yo la amé! qué presto el infortunio
en mi angustiado pecho se asentó,
y sentí sobre el alma lacerada
gravitando la noche del dolor!

Tú me has visto sonriendo delirante
soñándola en dulcísima visión,
y recoger mi espíritu a su vista
cual la pupila ante la luz del sol.

Ella ha podido oscurecer mi gloria
y matar en mi pecho la ilusión,
y encapotar el sol de mi esperanza,
pero arrancarme su recuerdo, nó.

III

Yo quise sorprender entre tu pecho
el secreto que vela tu pasión;
y envuelto en el aroma de tus labios
mi espíritu sutil, engañador,
en un suspiro que del alma diste,
hasta el fondo del alma penetró.
Errante en el abismo de tu sombra,
escuché la tenaz palpitación
que de tu seno alabastrino arrancan
las arterias con ímpetu veloz;
palpé con avidez todas las fibras
que pudiera ocultar tu corazón;
pero todas ¡horror! estaban mudas,
hasta la dulce fibra del amor;
y al huir de tu pecho, avergonzado,
con desprecio hacia tí, negando a Dios,
herida al cabo tu fatal soberbia,
con furor sacudió tu corazón.

IV

Que se nutra el espíritu de sombras,
y escuche el corazón voces de muerte
y tenga ante mi vista la esperanza,
y que me tenga miedo y que se aleje.
Que sienta sobre el pecho lacerado
el aguijón mortal de la serpiente,
discurriendo la sangre por mis venas
con el hervor maligno de la fiebre,
que la Gorgona misma ante mis ojos,

con su terrible faz se apareciese;
todo, todo a la vez; ya no es bastante,
no llegará jamás a conmoverme...
Y me sentí temblar cuando imprimiste
aquel beso de amor sobre mi frente.

V

No hay flores en la pradera,
ni cisnes en la laguna,
ni estrellas que miren pálidas
sobre la bóveda oscura.
Los sauces del cementerio
inclinan sus ramas mustias
y los pájaros nocturnos
en la sombra se saludan;
el ángel de las tinieblas
habita las anchas grutas,
y duerme la inmensidad
en una calma profunda,
como duerme entre mi pecho
el horror de mis angustias.
Mas si la calma engañosa
en silencio me tortura,
¿qué será cuando se agite
la tempestad de mis dudas?

VI

Ambición, genio fecundo
que dentro del alma siento
y de cada pensamiento
quisiera formar un mundo;
llena el abismo profundo
donde mis glorias están
y tras él mis ansias van,
que bien pudieran por él
ser bellas como Luzbel
y convertirse en Satán.

VII

La esperanza, nube hermosa
sobre el alma suspendida
y que embellece la vida
con sus mirajes de rosa,
es ave azul que se posa
muy cerca de nuestro anhelo;
y ¿habrá una sombra de duelo
que a su poder no sucumba,
cuando al través de la tumba
nos deja mirar el cielo?

VIII

No hay quien devuelva al pecho lacerado,
ni una sola ilusión desvanecida,
ni quien convierta el cáliz de amargura,
en copa de ambrosía.

Ni tú misma, mujer, quebrar intentes
ese cáliz fatal, lleno de acíbar,
que ya en él apuré los desengaños
oscuros de la vida.

Bien puedes sonreir a mis congojas;
tú no naciste dulce y compasiva,
y ocultas entre flores algo horrible
que causa la desdicha.

Como no puedo pronunciar tu nombre,
al viento doy las quejas de mis rimas;
ellas se pierden como leve espuma
al soplo de la brisa.

Si has podido escuchar indiferente
las sollozantes notas de mi lira,
yo sé que mi recuerdo abominado
en tu interior se agita.

Sé que al nombrarme, para ajenos ojos,
siempre te muestras desdeñosa y fría:
así es la vanidad, ella convierte
las lágrimas en risas.

IX

¿Y otra vez? ¿y otra vez? Y no es bastante?
¿Y en vano el pecho destrozado siento?
¿Y en vano oscureció mi pensamiento
aquella sombra inmensa de dolor?

El cielo todo se nubló a mis ojos,
avaro el sol encapotó sus rayos,
y las flores cayeron de sus tallos
y la noche invadió mi corazón

¿Y me hablas tú de pájaros y flores?
¿Y me pintas tu amor y tus ternuras
cuando inocente y cándida procuras
ofrecerme un hermoso porvenir?

¿Juntos los dos? ¡Jamás! Ni cómo puede,
a la sombra, la luz, unirse grata:
hasta ese mismo amor que te arrebata
habrá de ser infierno para mí.

X

Yo la miré con la mirada intensa
de una pasión amarga y delirante,
sin que dejase ver en mi semblante
la negra nube del dolor tenaz,
y en una queja tímida y doliente
que arrancara el amor desesperado,
un sollozo del alma le he dejado,
un sollozo del alma... y nada más.

Ella que el sueño de mi vida ha sido,
ella que fué mi porvenir entero,
¿Querrá domar mi espíritu altanero,
querrá gozarse en mi pesar talvez?
Mas si la quise con el pecho henchido
por la santa ambición de la esperanza,
jamás su necia vanidad alcanza
a domeñar mi orgullo y mi altivez.

Y vencerá por fin... pero la frente
marchitada, rugosa, amarillenta,
revelará también que la tormenta,
altiva despreció de su dolor.
Y vencerá por fin... pero la parca
al descorrer las sombras de la vida,
dejará en la pupila entristecida
escrita allí la historia de mi amor.

XI

¿Sabes que al ver tu dignidad fingida,
he llegado a pensar en mi dolor,
que sobraba veneno de mi pecho
para matar también tu corazón?

1883

A LA SOCIEDAD "EL PORVENIR"

Sumido ayer en la bruma,
de mi recóndita calma,
sin ilusiones el pecho
y sin acordes el arpa,
buscaba en el cielo oscuro,
por entre nieblas lejanas,
algún pedazo de azul
donde posar la mirada,
que fuese para mis ojos
oasis de la esperanza.
Mas ¡ay! que el cielo sombrio,
de horrores haciendo gala,
absorbe toda la noche
y pesa como una lápida;
mas ¡ay! que la imagen bella
que mi entusiasmo forjara,
tan sólo porque fué mía
ya va tornándose pálida,
y desfallece el espíritu,
y el corazón se acobarda,
y mil preguntas siniestras
y mil congojas me asaltan.
¿Por qué en mi lira hay lamentos?
¿Por qué en mis ojos hay lágrimas?
¿Por qué nacen tantas dudas
para atormentarme el alma?
Por qué en las horas del sueño
se me aparece un fantasma,
y me dice cosas negras,
que sólo podré pintarlas,
con las sombras de la muerte,
o las manchas de la infamia?
¿Por qué en mi pecho se anidan
ocultas, mortales ansias?
¿Por qué se ve al desengaño
naciendo de la esperanza?
¿Porque los ojos de cielo
tienen miradas que matan?
¿Por qué hay sonrisas traidoras
en tantos labios de nácar,
y a veces todo un infierno
en el corazón que se ama?
¿Por qué tras cada caricia
se ve la traición bastarda,
y hasta en el rostro del ángel
parece haber una máscara...?

Mas, que os importa de mí,
ni de mis locas quimeras,
ni de mis hondos suspiros,
ni de mis lágrimas tercas,
si siempre tenéis vosotros,
en vuestra dulce vivienda,
la luz del cielo que irradia
en la mirada materna,
y un hogar, y una familia,
y tantos seres que llenan
de flores resplandecientes
los limbos de la existencia.
Por eso pienso, señores,
que habrán de pasar mis quejas
por este lugar tranquilo,
como una sombra funesta,
como la espuma que pasa,
como la nube que vuela,
que apenas se la ha mirado,
y apenas se la recuerda.
Mas ¡ay! que mi torpe labio,
en vano fingir intenta,
y sólo puedo cantar,
el canto de mis tristezas.
Ya véis qué pobre homenaje,
ya véis qué rústica ofrenda:
algunos ayes muy tristes,
algunas notas muy trémulas,
una alma toda sumida
en una noche muy negra,
y un corazón palpitante
y con las alas abiertas,
que quiere tender el vuelo
desde esta pesada tierra
hacia esos soles del arte
que vuestros pechos anhelan,
y confundir nuestras almas
en una ascensión suprema.

1884

REVELACIÓN

A mi amigo José Mª Solano V.

Era una tibia noche del estío,
hermosa luna en el cenit brillaba,
iluminando el ámbito vacío
con su luz apacible; coronaba
como blanca diadema el cielo umbrío
y cortejo de estrellas circundaba
esa reina gentil, adormecida
en el grato fulgor de aquella vida.

La brisa leve, murmurando apenas,
mansa desliza sus ligeras alas,
diciendo vagas gemebundas penas,
meciendo al paso de la flor las galas;
y en los ricos palacios, las escenas
son de amor y placer, en regias salas
donde aromas y sedas y brillantes
inolvidables hacen los instantes.

En la agreste ribera, sacudida
por los tumbos del mar, las linfas puras
azotan sin cesar y sin medida
el inmenso arenal, y verdioscuras,
pequeñas olas, la agitada vida
van sepultando en rocas y hendiduras,
con un sollozo que parece humano,
hasta perderse en el confín lejano.

Grandiosa soledad reina en la playa
y en una habitación pobre y sencilla,
cuando el rumor de los humanos calla,
una angustiosa lámpara amarilla
libra contra las sombras su batalla;
mas a la pobre estancia donde brilla
la ilumina el amor, con luz hermosa,
de una amante pareja venturosa.

Libando están las dulces ilusiones
que forja audaz la fiebre de la mente
y arrullan sin cesar los corazones,
siendo de la pasión vívida fuente;
de amor esperan venturosos dones,
vana esperanza, cándida y ferviente!
enlazando sus manos, y deliran
según es la expresión con que se miran.

Ella es modesta, pura y candorosa,
flor prometida de su tierno amante,
su nombre sin rival le dió la rosa,
su blancura el jazmín y su constante
fragancia la violeta ruborosa;
sobre su cuerpo esbelto y elegante
la suelta cabellera se extendía,
y sus ojos tiñó noche sombría.

El, mancebo galán, fuerte y robusto,
de moreno semblante, su mirada
de lánguido fulgor, su porte augusto,
espaciosa su frente y levantada,
do apenas del dolor el ceño adusto
una huella fugaz dejó marcada.
Ambos su amor y decepciones cuentan
y este animado diálogo sustentan.

—Carlos (tal nombre tenía
el héroe de mi leyenda),
no es posible que comprenda
la causa de tu aflicción,
estando ya tan cercana
la unión que juzgas dichosa...
—Es que tú no sabes, Rosa,
las leyes del corazón.

Cuando mira allá a lo lejos
fulgurar una esperanza,
en vano, loco, se lanza
corriendo tras el placer,
pues si palpa su deseo,
se deshace en humo leve
y entonces el cáliz bebe
del amargo padecer;

mas no temas que una nube
venga funesta y oscura
a empañar nuestra ventura,
a disipar nuestro amor.
—Piensas acaso engañarme
con esa dulce mentira?
Cuando tu pecho suspira
yo conozco tu dolor

Y sé que pasa por tu alma
algún recuerdo penoso
y que turba tu reposo
tu pasada juventud;
pero yo te dije un día
que ignoraba ese pasado
y jamás había dudado
de tu honor y tu virtud.

Me ocultaste tenazmente
esa historia de tu vida,
teniendo siempre corrida
la cortina del ayer;
sepulté entonces mi pena
allá en el fondo del alma
y nunca quise en tu calma
esa zozobra verter;

Mas preciso es que descubras
hasta el fondo de ese arcano,
a quien va a darte su mano
y tú el nombre vas a dar.

—El nombre! dices, el nombre!
Estás loca, vida mía?
Presto turbas la alegría
inefable del hogar!

Perdóname, soy injusto;
pero yo debo ocultarte....
—Para qué supe adorarte
si no conozco mi bien?
Y pues he de ser tu esposa,
derrama con tu ternura
tus lágrimas de amargura...
Déjame llorar también!

— En vano, Rosa, te empeñas,
—Lo exijo, Carlos, lo exijo.
Si sé la verdad, de fijo
habré de quererte más.
Compasión ¡dímelo todo!
—Dices bien, mas, te amo tanto!
Has de verter mucho llanto;
pero esa historia sabrás.

Dijo así el joven, la nublada frente
cubrió de arrugas el dolor impío
y allá en lo oscuro de su loca mente
brotó el recuerdo fúnebre y sombrío.

—Era mi madre un ángel de consuelo,
tan pura como tú, tan bondadosa,
como quiso crearte para el cielo,
genio de luz en noche esplendorosa.

Coincidencia feliz, el mismo nombre
llevó mi madre, Rosa, que tú llevas;
mi padre... no lo sé, pues aquel hombre
de su crimen fatal no dejó pruebas.

—Un crimen!—Sí, un crimen revelado
por una madre moribunda a su hijo,
aún recuerdo su rostro demudado,
cuando llorosa me llamó y me dijo:

«Voy a morir, vagando por el mundo
vivirás sin consuelo, miserable,
sin un cariño que llamar profundo
y serás para el hombre, despreciable;

mas siempre debes perdonar al hombre,
henchido sólo del orgullo necio,
que sin piedad y con desdén te nombre...
No devuelvas desprecio por desprecio,

y sintiendo tu pecho dolorido,
nunca maldigas mi recuerdo acerbo,
porque tú fuistes el fruto bendecido
que de mi llanto y mi dolor conservo.

Hijo, no del amor, sino del crimen,
esta es mi breve y desgraciada historia,
infelices los míseros que gimen,
revolviendo su polvo entre la escoria!

Estaba en esa edad de los ensueños,
de juegos inocentes y de amores,
años de juventud, años risueños;
pero que duran ay! lo que las flores,

cuando un hombre me vió, su vista ardiente
clavó en mi corazón emponzoñada...
Y una noche fuí víctima inocente
y amanecí maldita y deshonrada!

Yo nunca amé a tu padre, hijo adorado,
tú iluminas sonriéndome el abismo
que abrió bajo mis pies el desgraciado
que hasta el crimen llevara su cinismo.

Y tú, hijo mío, no tienes por herencia
sino la infamia de tu pobre madre
y por quererlo así la Providencia,
el retrato funesto de tu padre.

Conserva siempre, concluyó, te encargo,
esa imagen fatídica y sombría...»
Y luego enmudeció, su llanto amargo
acibaró la hiel de su agonía.

Luego, dijo en triste acento:
—Ya que ves mi desventura,
no olvides tu juramento,
no maldigas mi amargura.

Yo soy un pobre proscrito
ante los ojos del hombre,
porque aquí nace maldito
el que nace sin un nombre;

y llevo el sello en la frente
de un origen desgraciado,
tan perpetuo, tan ardiente,
como el crimen del malvado.

Yo que pensaba llevarte
por una senda de flores,
no tengo un nombre que darte,
sino penas y dolores;

pero por Dios! no maldigas
el amor que nos ha unido;
yo quiero, niña, que digas
si me crees envilecido.

Y si arrojas, desleal,
ese amor que es mi consuelo,
iré a buscar en el cielo
el remedio de mi mal.

Sin esa pasión hermosa
que ilumina mi existencia,
perderá mi vida, Rosa,
su virtud y su inocencia.

No habrá luz, no habrá alegría,
ni esperanzas ni ilusiones;
sino perpetua agonía,
y perpetuas decepciones;

porque es el amor tan ciego
que a la más ligera bruma,
llevando un volcán de fuego
se apaga como la espuma;

llega luego hasta el delirio,
si desdeñan sus halagos,
para sufrir el martirio
que causa tantos estragos!

Y por eso...—Carlos, calla,
basta ya de sufrimientos,
de dolor mi pecho estalla
y no crees mis juramentos!

Esa duda abominable...
—Rosa!—Piensas que creo
que es el hijo responsable
de un crimen de que no es reo?

Y es justa la ley fatal
que le pone las cadenas
de la infamia, porque tal
sangre corre por sus venas?

Hoy te amo más, Carlos mío,
pues eres tan generoso,
y el hijo del desvarío
vendrá a ser mi tierno esposo;

mas, dime, Carlos, qué has hecho
ese retrato, lo tienes?
—Sí, que lo traigo en el pecho
y me tortura las sienes.

Quieres verlo?
—Que si quiero!
Te lo suplico, al instante!
Con ansia y temor espero
ver de tu padre el semblante.

Entonces Carlos presentó a la hermosa
joven un relicario de marfil
y su mano vagaba temblorosa,
como agitada por pasión febril.

Lo presentó cerrado, su contacto
le quemaba, sin duda, el corazón,
y al tomarlo, a su vez, en aquel acto
la niña, a su pesar, también tembló.

Pensamiento de horror surgió en su mente,
un momento dudó su loco afán,
y acercose a la luz súbitamente
aquel rostro funesto a contemplar.

Lo vió y se estremeció, la vista vaga
giró en su derredor, un grito ahogó,
y así como el crepúsculo se apaga,
en mortal palidez cambió el color.

Frotó luego sus ojos un instante,
cual si una nube le impidiese ver,
y miró tenazmente aquel semblante;
pero la angustia torturó su sien.

Y un grito ahogado, un grito de agonía,
exhaló de su pecho, sin notar
que otro grito también le respondía,
eco sin ruido que a apagarse va.

—Es mi padre! gritó en su desvarío.
—Imposible! clamaba en su estupor.
—Tu padre, nó, tu padre no es el mío!..
Y en los brazos de Carlos se arrojó.

Y luego un beso, tímida y ufana,
sobre la frente de su amante dió
y con loca pasión, «Yo soy tu hermana!»
en delirante vértigo exclamó.

....

Mucho tiempo ha trascurrido
desde aquella noche triste
y sólo el recuerdo existe
del amor que se han tenido.

Esto prueba la opinión
de que todos los amores
sólo son diversas flores
del jardín de la ilusión.

1880.

A RUBÉN DARÍO

De tu alma bella, Darío,
la luz espléndida y pura
inútilmente procura
pintar el acento mío.

Amor, Patria y Libertad
son el sol que te fascina
y tu palabra divina
alienta a la humanidad.

En tus himnos tropicales
se escuchan dulces rumores:
hay trinos de ruiseñores
y música de turpiales.

Y del más negro capuz,
forma tu canto sonoro,
madejas rubias de oro
que se deshacen en luz.

Pues cuando cantas, Rubén,
al pecho llega el consuelo
y baja un ángel del cielo
para coronar tu sien.

1883

EL ÓSCULO DE UNA ARTISTA

Al poeta Carlos Posada

Yo también quiero, poeta,
que arranque a mi tosca lira
sentidas notas del alma
el ósculo de una artista.
Yo también siento vibrar
dentro del pecho una fibra,
como el dulce arrobamiento
que nuestra mente cautiva,
cuando entre sueños halaga
una visión peregrina.
Como el murmullo apacible
de las auras fugitivas,
cuando besan amorosas
las flores de la campiña;
como el canto que resuena
entre las ramas floridas
saludando la mañana
tiernamente la avecilla.
Yo también quiero, poeta,
animar mi triste lira,
aunque su nota es muy débil
está en el alma sentida;
admite pues, noble vate,
mi desacordada rima,
y deja que cante ufano
el ósculo de una artista.
Ese beso pudoroso,
fuente de amor y de vida
y de la unión de dos almas
expresión tierna y sencilla;
ese aliento, ese perfume,
con que embriaga, con que hechiza
el labio de la que amamos
coronando nuestra dicha;
celeste llama en que arden
dos seres en una pira,
breve deleite y eterno
en que se agota la vida;
cuando se funden dos almas
en una sola caricia,
unos labios que no besan
lo han probado la ambrosía,
son pétalos deshojados
de una flor mustia, marchita . . .
Pero tú mejor conoces
el ósculo de una artista.
Tú que has visto, tú que has visto
llegar hasta tí esa chispa
del firmamento azulado
que tachonaba tu dicha,
tú que has visto en la materia
brillar el alma cautiva,
y tan noble concebiste
el alma de tu María (1)
tú, Posada, bien mereces
el ósculo de una artista.

1880

A . . . . .

Ya sé que es bello tu nido,
y está cubierto de flores,
que Dios bendiga, paloma,
el nido de tus amores!

Desde esta tierra triste y oscura,
donde se apaga la inspiración,
al cielo pido por tu ventura,
con todo el fuego del corazón.

Leipzig.—1886

A CHEPITA MATA

Es inútil que me ocultes
tus dulces versos, Chepita,
si están diciendo tus ojos
que tienes alma de artista,
y es en vano que me niegues
la luz de tu fantasía,
si los más tiernos idilios
en tu corazón palpitan
y tiemblan en tu mirada
y brotan de tu sonrisa.

1903

A LA SEÑORITA CONSUELO M.

Prometida de un poeta amigo mío

Para calmar de su existencia el duelo,
un poeta infeliz y enamorado,
aunque lo hubiese sin cesar buscado
no podría encontrar mejor consuelo.

La bella que intenso amor
a un Vate joven inspira,
ha de ser ángel o flor . . .
a sus pies pone su lira
este viejo trovador.

(1) Heroína de uno de sus dramas.

Sólo puedo decirle y sólo quiero,
que usted es una flor, es un lucero;
pero, qué lindas cosas le diría,
si en vez de ser ajena fuese mía
y fuese yo más joven y soltero!

1905

A LA PATRIA

(Con motivo del restablecimiento del régimen constitucional)

Yo ví en la noche de borrasca y ruina
un espíritu negro y maldiciente
cubrir de nieblas la virgínea frente
de una modesta y joven heroína.

Después el rayo ví, rayo fulgente
que las densas tinieblas ilumina,
deshacer en su frente alabastrina
esa venda de sombras imponente.

Llegó por fin de la justicia el día.
Prez, loor a la mano bienhechora
que nos remueve de la tumba fría;

Más de la luz del sol abrasadora,
del sol de libertad oh! Patria mía
no te deslumbre el esplendor ahora.

1882

VERSOS

leídos por su autor, en el Colegio Central, con motivo del centenario de Bolívar

En lánguida vibración
reveló mi lira triste
el hondo pesar que existe
en mi yerto corazón,
o la mágica explosión
de pájaros y de flores
donde, líricos cantores,
saben producir las aves,
con sus músicas suaves,
deliquios arrulladores.

Mas nunca pensé cantar,
con mi voz desfalleciente,
aquel astro refulgente
que hoy debemos celebrar:
espléndido luminar
en noche de horrendo duelo,
que fué del triste, consuelo,
horror de la tiranía
y vino a extender el día
por los ámbitos del cielo.

Valiente, esforzado, rudo,
fué Bolívar en la guerra,
mostrando al poder que aterra
el pecho firme y desnudo:
jamás la soberbia pudo
deslumbrar su mente inquieta;
tuvo numen de poeta,
virtudes, como el primero:
legislador y guerrero,
libertador y profeta.

Vió su espíritu, animado
por un soplo divinal,
un magnífico ideal
por su mano realizado;
a su nombre, proclamado
por la inmensa multitud,
huyó ya la esclavitud
y tiene el Bardo por gloria
consagrar a su memoria
las notas de su laúd.

Mas, no es mi voz importuna
la que debe en este instante,
cantar al numen gigante
mimado de la fortuna:
pues tantas glorias aúna
ese genio americano,
que su nombre soberano
encuentra por galardón,
altar en el corazón
de todo republicano.

1883

DÉCIMAS

Leídas en celebración del 15 de setiembre

Velada del 14 de setiembre de 1883, Sociedad «El Porvenir»

Qué extraña contradicción
ante vosotros presento,
trayendo en este momento
la angustia en el corazón!
Lo siento así porque son
tan hondas las penas mías,
que al ver tantas alegrías
y tan patriótico celo,
en vez de calmar mi duelo,
se aumentan mis agonías.

Mas no penseis que el dolor
de la juventud lozana,
tenga por causa liviana
sólo infortunios de amor:
que el desengaño traidor
sabe trocar a la vez,

en un mezquino interés
los sentimientos más tiernos:
todos los años, inviernos,
la vida toda, vejez.

No siento en la prontitud
que gasta mi vida entera,
ni ambientes de primavera,
ni halagos de juventud;
y cuando pulso el laúd,
para endulzar mi aflicción,
siento lánguida emoción,
no sé qué adormecimiento,
al apagarse en el viento
los ayes del corazón.

Mas, debe la mente mía,
olvidando sus dolores,
verter las pálidas flores
de mi muerta fantasía:
hoy debo cantar el día,
en que dichoso y ufano
quiso un pueblo soberano,
con entusiasmo ferviente,
haciéndose independiente,
formarse republicano.

Evocar con un profundo
arranque de admiración,
la sombra del gran Colón
que supo encontrar un mundo:
de aquel portento fecundo,
que otra tierra adivinando,
la puso, instante nefando!
del Rey Fernando a los pies,
para trocarse después
en mendigo de Fernando.

Toda América dormía
sueño dulce y placentero,
mas vino un pueblo guerrero
que en sed codiciosa ardía;
a él debe la patria mía
su hermosa lengua y su fe;
mas hoy con dolor se ve
luchando contra el Hispano
al noble pueblo cubano
con el grillete en el pié.

....
....
Surge luego en el Oriente,
tras la noche borrascosa,
vertiendo su luz hermosa,
la estrella más refulgente:
es Bolívar, impotente
es toda la audacia hispana:
el Genio lucha y se afana
rompiendo al fin las cadenas,
y hoy corre por nuestras venas
la sangre republicana.

Y Wáshington!, su memoria
que a todo pecho enajena:
como la virtud, serena,
brillante como la gloria,
es como un astro en la Historia
y vibra en los corazones,
con las gratas emociones
de una gratitud constante
en todo un pueblo gigante,
envidia de las naciones.

Al Norte, al Norte! allá van
mis esperanzas más bellas,
por él gimen mis querellas,
por él palpita mi afán:
dichosa tierra, allí están
unidas en lazo estrecho,
la Libertad y el Derecho;
aquí dormitan en calma,
las ambiciones del alma,
las esperanzas del pecho.

Mas ya la mente se avanza
fingiendo locos extremos,
también nosotros tenemos
derechos a la esperanza;
mirad!, allá en lontananza
un astro habrá de surgir
y cuando empiece a lucir,
la vista humana se apronte:
que asoma en el horizonte
la Aurora del porvenir.

AL 15 DE SETIEMBRE

Como turba de pájaros de presa
que su sombra proyectan sobre el agua
del cristalino lago en que se agitan
los lindos peces de luciente escama,
o como en noche azul cruza el espacio,
engendro del pavor, negro fantasma:
así pasaron las Iberas huestes
sobre la hermosa tierra americana.
Aun se puede escuchar y no muy lejos,
el crujido siniestro de sus armas
que se mezcla a los ayes de la virgen
cuya modesta túnica desgarran,
pero tampoco Iberia solamente
supo el dogal poner en la garganta:
testigo Irlanda sojuzgada y triste,
testigo la Polonia asesinada,
y entre otros pueblos que esclaviza el hombre,
también testigo la colonia Indiana.

La sombra por doquier: la ley impía:
el derecho del fuerte; la palabra,
medio de adulación para el cinismo,
para el hombre de honor amordazada;
los derechos del hombre postergados
al derecho divino del monarca,
y el pensamiento puesto de rodillas
pidiendo redención para las almas.
Es la historia de ayer, historia negra,
que nos causa rubor al recordarla,
y parece imposible que llegase
hasta tanta maldad la especie humana.
Y en medio de la noche, do se cruzan
espíritus de horror, sangrientas larvas,
brillan astros también que en su carrera
derraman con su luz las esperanzas.
Colón, Bolívar, Wáshington, los genios
que supieron hacer de nuestras almas
conciencias vivas, a la luz abiertas,
y en el pecho un altar para la patria.
Un recuerdo no más para sus sombras,
que, al evocarlas yo, se profanaran
y ya los aires con sus glorias llena
la sonora trompeta de la Fama.
La humanidad cual siempre generosa
con usura premió sus nobles ansias,
y a los que vió vivir como mendigos
les erige pirámides y estatuas,
sobre el hierro quizá de sus cadenas
les hace luego colocar las plantas,
y presenta magníficos festines
con el oro rüin que les negara;
pero avanza la luz, y como el germen
necesita morir para que nazca
el árbol que muy débil al principio,
después hasta las nubes se levanta,
muerto el genio también, surge la idea,
y se convierte en fecundante savia;
se erige como ley para el destino
y penetra en el fondo de las almas.
Hoy el pueblo por fin, sabe que puede
abrir el noble pecho a la esperanza;
que hay una ley universal que borra
el privilegio odioso de las castas;
que bajo el cielo azul son inmutables
la libertad y la igualdad humanas;
que el derecho del hombre es más divino
que el de una imbécil testa coronada,
porque viene de Dios, que es la Justicia
y así lo siente la conciencia humana;
que hay una luz espléndida y potente
que se vierte en inmensa catarata:
la luz de la verdad, en que podemos
beber hasta saciar nuestras miradas,
sin que un sér infernal hacia la noche
quiera de nuevo con horror fijarlas;
que hay un Dios de justicia y de clemencia,
no de negra y terrífica venganza,
que empuja al hombre en su ascensión sublime
y no le hace gemir bajo sus plantas;
que podemos vivir, que el pensamiento
puede tender sus luminosas alas
y de un vuelo pasar sobre los astros,
y penetrar en el divino alcázar;
que podemos amar, sin que en el cielo
sobre la inmensa bóveda estrellada,
el padre de la luz se muestre altivo
y mire nuestro amor como una mancha,
y que de Francia el Aguila altanera
depositó su nido en las montañas
altísimas de América. Su prole
el sol de libertad pudo incubarla;
y ensayando su vuelo poderoso
se dirige en magnífica bandada
desde Méjico al Sur, y cuando cubra
bajo el inmenso pliegue de sus alas
el continente todo, entonaremos
el himno de la unión americana.

1884

HIMNO NACIONAL

Letra para el concurso

Entonemos un himno ferviente
al trabajo que es nuestra divisa
y fecunde el sudor de la frente
en la fértil campiña la mies.

Somos hijos de aquellos soldados
que, felices, tan sólo sabían:
en la paz, conducir sus arados,
en la guerra, morir o vencer.

Si nos llama el clarín, si redobla el tambor,
con denuedo es preciso acudir
para que combatiendo podamos morir
por nuestra querida bandera tricolor,
por nuestra querida bandera tricolor.

Y pasado el fragor de la lucha tenaz,
empuñando la azada volvamos a oír
las notas acordes de cánticos de paz,
las notas acordes de cánticos de paz.

1903

NOTA:—La estrofa tercera fué arreglada con el fin exclusivo de que se ajustase a la música, por exigirlo así el concurso.

A UNA AMIGA DE MI MADRE

Con tierna y grata emoción
arpegios tales oí,
que escuchándolos sentí
sollozar mi corazón,

pues tu canto refería
con placer y gentileza
la virtud y la belleza
de la dulce madre mía.

Murió cuando placenteras
ilusiones abrigaba
y el aroma respiraba
de diez y ocho primaveras;

cuando soñaba al calor
inefable del hogar
y empezaba a disfrutar
las ternuras del amor.

Ella fue casta paloma
de las de plácido arrullo
y que dan el canto suyo
a la mañana que asoma.

Tendiendo el airoso vuelo
dejó su verjel querido
y fuése a formar su nido
en los jardines del cielo.

***

¡Ansiar lo que no se alcanza,
después que he sufrido tanto,
y haber regado con llanto
las flores de mi esperanza!

Y mirar cómo se van
del alma las ilusiones,
que vuelan a otras regiones
y que nunca volverán;

Vivir sin que los placeres
me ofrezcan halagadores,
ni el perfume de las flores
ni el amor de las mujeres,

y que la muerte crüel
sacuda mi sueño ardiente
sin sentir sobre mi frente
la corona de laurel;

conocer con aflicción
que si mi pecho suspira,
no es que la mente delira,
es que sufre el corazón,

y probar siempre al través
de la vida, la acritud:
si es así mi juventud,
¿cómo será la vejez?

***

Mi lira tiene el profundo
acento, el ¡ay! angustiado
del corazón destrozado
por los embates del mundo;

y a veces pretende ufana
celebrar con voz hermosa
los crepúsculos de rosa
de la tarde americana.

Son mis versos el rumor
agreste de la arboleda
que se agita y que remeda
los coloquios del amor;

pajarillos pequeñuelos
desnudos de ricas galas
que están batiendo las alas
para subir a los cielos!

1883

COMO ES ELLA

(A María)

Una mujer, un ángel, una diosa,
visión de amor que descendió del cielo,
imagen del placer y del consuelo
que vino a despertar mi corazón.
Hay en su gracia encantos seductores,
encierra tanta luz en su mirada,
que parece fundir enajenada
el candor infantil con la pasión.

¿Quién al mirar, ¡Oh Dios! no se extasía,
la perfumada fresa de su boca
que al pensamiento tímido provoca
los castos besos trémulo a libar?
Admirando su mágica belleza
nuestro mezquino corazón desmaya,
se teme con dolor que se nos vaya,
que pueda tener alas y volar.

1884

RISA Y LLANTO

Al pasar una luz pintó la risa,
y al pasar una sombra pintó el llanto,
creció en el labio dulce la sonrisa
y en la pupila se anidó el quebranto.

Mas ¡ay! cuando la mente desvaríe
por la duda fatal que la devora
si el duelo baja hasta los labios, rie;
si el gozo sube hasta los ojos, llora.

Y a mí, que tengo ya seca la fuente
del placer y del llanto, ¿qué me queda?
mucha arruga no más sobre la frente,
sin que la risa remedar ya pueda.

1884

LAS DOS DUDAS

Es Lucila coqueta y veleidosa,
y ha jugado al amor con tanto empeño,
que negando su influencia poderosa
ya sus conquistas le parecen sueño.

Y la bella, dulcísima María,
Que amó con el candor del alma pura,
perdida la ilusión «¿si amar podría?»
se pregunta también con amargura.

Mas hay que perdonarles la arrogancia
de esa duda fatal de tanto daño:
que una duda nació de la ignorancia,
y otra duda nació del desengaño.

1884

DESENCANTO

Ayer, linda mariposa,
en el espacio girabas
ostentando los colores
encendidos de tus alas;
los astros te sonreían,
y las flores te envidiaban,
como tú, del mismo céfiro
mecidas y acariciadas,
pues eras allá en el fondo
nacarado de su alma
como hermanita mayor
del verjel de mi esperanza.

Después, al rayo sangriento
de un amor que te abrasaba,
y criminal escondías
en lo oscuro de tu alma,
contemplé, desventurado,
que, desprendidas tus alas,
como reptil venenoso
rudamente te arrastrabas,
y que apagaste en el cieno
el esplendor de tu magia...
así mi dicha murió,
y así murió mi esperanza.

1883

A LA SEÑORITA

MARCELINA GONZÁLEZ

Es tu voz arpa sonora
y de dulce melodía,
exalta la fantasía
y el corazón enamora:
los pájaros de la aurora
murmuran tristes querellas
oyendo tus notas bellas;
y quisieran en su anhelo
subir al azul del cielo
y anidar en las estrellas.

En tu acento peregrino
y en tu canto soberano,
hay algo que no es humano,

hay algo de lo divino;
Y en el raudal argentino
de trinos arrulladores,
mil inocentes amores;
amores tan inocentes,
como los cantan las fuentes,
como los sueñan las flores.

Tu voz al amor convida,
es voz que trina y gorjea
porque en ella centellea
el genio que le da vida,
causa al alma conmovida
los halagos del placer;
pues sólo pueden caber
en esas dulces canciones,
las mágicas emociones
del alma de la mujer.

1884

A UN POETA

¡Qué bella, que hermosa palma
presenta el hombre proscrito,
que sólo tiene el delito
de llevar la fe en el alma!
Mas ¿quién sus tormentos calma
si entregado a una pasión,
pierde, por una emoción,
disfrutada en una orgía,
la esperanza y la alegría
con la paz del corazón?

1884

ADIOS A A. . . . .

Ya no quiero tu amor, estoy cansado
de soportar desdenes y desprecios;
he luchado hasta el fin y me has vencido
ya no me queda más que mi despecho.

Quiero decirte adios! mi labio torpe
al cabo romperá tanto silencio;
es cierto que te amé como ninguno,
pero hoy como ninguno... te respeto.

1884

NI SOÑADA!

Modesta como ninguna,
envidia de las demás,
a todas dejas atrás
en su mísera fortuna.

Cuando muestras tus enojos,
sin ninguna afectación,
nacidos del corazón
y pintándose en los ojos,

cuando viertes la alegría
que de tu pecho rebosa
en la luz esplendorosa
de tu pupila sombría,

y cuando busca en la calma
de tu espléndida mansión
reposo a tu corazón
entristecida tu alma,

vése brillar tal virtud
en tu frente virginal,
que brotan como un raudal
las notas de mi laud.

Tu imagen nadie grabó,
que no se presta el buril
para trazar un perfil
que solo el ángel soñó;

y si el mismo Rafael
a retratarte bajara,
seguro estoy que dejara
desesperado el pincel.

Ni la rica fantasía
del numen más levantado
oh! jamás te ha imaginado
ni imaginarte podría;

mas juro por Barrabás,
y no es poco juramento,
que por mucho que lo intento
ya no puedo mentir más.

1883

LAS PRIMAS

Un famoso
guitarrista
me contaba
cierto día
que apretando
las clavijas
muchas cuerdas
se rompían,
sobre todo
las más finas.
Él por eso
nunca olvida
la importancia
de las primas.

Siendo niño
sin malicia,
en la casa
de mi tía,
ví una noche
varias niñas
muy alegres
y bonitas
y jugamos
¡qué delicia!
muchas veces
a escondidas.
Supe entonces,
por mi dicha,
la importancia
de las primas.

Hay un pobre
viejo artista
que habla siempre
de política
y me dijo
que él había
visto gentes
de levita
y ministros
que en su vida
no supieron,
¡quién diría!
la importancia
de las primas.

1903

DECEPCIÓN

¡Y sin embargo la amo todavía!
¡cómo la adoro aún! ¡maldita sea!
mientras ella se goza en mi agonía
mi pobre pensamiento forcejea
por seguirla a través de su falsía
y del necio desdén que la rodea.
¡Y pretendí vencerme! ¡loco intento!
¿Quién pudo sujetar el pensamiento?

Y ella por qué me señaló tirana
para ser el escarnio de su gloria?
¿y por qué de mi amor se sintió ufana
y me arrojó después entre la escoria,
desde el alto dosel en que se afana
por borrar de mi mente la memoria
de su mentido amor, con su desvío,
y me ha dejado el corazón vacío?

¿Por qué no ha adivinado en mi semblante
que la amo con locura, a pesar suyo
y si me hace fingir por un instante
la vana presunción, el torpe orgullo,
mi corazón revive sollozante
al oir de su voz el dulce arrullo,
y me llego a forjar con loco empeño
la esperanza quimérica de un sueño?

Pero, qué digo ¡oh Dios! yo estoy tranquilo,
cuanto dije hasta aquí fue disparate,
pues estaba ensayando cierto estilo
para poner en boca de algun vate
sensible y despechado: me horripilo
tan sólo de pensar en tal dislate;
diré por fin en mi lenguaje tosco
que—aquella de que hablé—ni la conozco.

1883

CANTARCILLOS

Jugué contigo al azar,
me ganaste la partida;
mas si te empeñas, querida,
volvamos a comenzar.

Decir una vez te oí
que te soy indiferente;
dáme una prueba evidente:
no te ocupes más de mí.

Tanto te supe adorar,
que teniendo que perderte,
necesité aborrecerte
para poderte olvidar.

1884

INÉDITOS

(y que no fueron enviados a su destino)

A usted, don Manuel Jiménez,
señor Ministro de Hacienda,
con el respeto debido,
dirijo estas cuatro letras,
aunque asome al escribirlas
a mi cara la vergüenza,
para pedirle una gracia
que, caso que no la obtenga,
será por mi negra suerte
o por mi mala cabeza.
Es el caso, don Manuel,
que no me salen las cuentas
y que el sueldo no me alcanza
y que me abruman las deudas
y tengo muchos enfermos
y pago muchas recetas
y mi pobre mujercita
es mucho lo que se empeña
en hacer vanos ahorros
y en recortar de la tela.
Termino la digresión
y entro de lleno en materia.
En los Archivos existe,
señor Ministro, una terna
de empleados, *a cual mejor*,
y formo yo parte de ella;
tenemos igual empleo,
hacemos igual faena,
somos casados los tres,
y casados por la Iglesia;
los otros dos, sin retoños,
aunque uno ya los espera,
y yo, si no me equivoco,
con un tercio de docena
que, salvo error u omisión,
será muy pronto la media;
aunque esto parezca que
no debe tomarse en cuenta.
Pues, entre el sueldo de aquellos
y el mío hay tal diferencia
que si usted los igualara
se me acababan las penas.
Le ruego que no me diga:
esto no es de mi cartera,
ya gasta mucho el Archivo
y luego, además, etcétera.
Mire que yo lo consigo
con sólo que usted lo quiera
y le prometo, señor,
que con la misma moneda,
se lo pago en la otra vida
si no se lo pago en ésta.

1905

EN UN ALBUM

En languidez soñadora
miró el alma placentera,
una esperanza viajera
y una ilusión voladora;

pero al llegar al oscuro
abismo del corazón,
ni esperanza, ni ilusión
hallaron sitio seguro.

Por eso el vuelo tendieron
y angustiado me dejaron,
cuando otro dueño buscaron
y en su seno se perdieron.

Por eso el dolor tenaz
no deja en mi pecho insano,
ni algún recuerdo lejano
de alguna dicha fugaz,

y cuando pulso la lira
para endulzar mis pesares,
se percibe en sus cantares
que solloza y que suspira,

y la punzante aflicción
dejó en bárbaro quebranto
doblegadas por el llanto
las alas del corazón.

Pero las almas llorosas
también olvidan su duelo,
al remontarse en el cielo
como lindas mariposas.

Sé que en dulces emociones
siente el alma lacerada,
al calor de tu mirada,
renacer las ilusiones.

que en tu garganta se anidan,
como en un nido de flores,
alondras y ruiseñores
que a la esperanza convidan.

Y sé que te dan su aroma,
y los pájaros lo saben,
amores que solo caben
en un pecho de paloma,

y que entre tímidos velos,
es tu existencia querida,
fúlgida estrella encendida
en el azul de los cielos.

Y yo... cantando mis penas,
te doy sus notas sentidas,
¡pobres lágrimas, vertidas
sobre un ramo de azucenas!

1884

DESPUÉS DE LEER A BECQUER

Te acababa de oir, Becquer sublime,
y absorto me quedé;
porque tus rimas en el alma dejan
un fúnebre placer.

Te amé y te aborrecí, surgió del alma
torrente abrasador;
porque la envidia y el cariño brotan
al par del corazón.

Me levanté con ímpetu salvaje
y pretendí escribir
unas rimas también, como las tuyas,
con loco frenesí;

pero la pluma resistió impotente
a tal insensatez,
y rodando una lágrima sañuda
humedeció el papel...

Y pensé que tus obras eran mías,
que tu nombre mi gloria arrebató;
y oscurecido el corazón, cobarde,
por fin enmudeció.

1884

A EVANGELINA

En el día de su boda

Hoy eres
dichosa:
tu amado
te espera,
en ansias
ardiendo
de hacerte
su reina,
un nido
de flores
tu alcázar
semeja,
y hermosa,
brillante,
fulgura
tu estrella...
Permite
que llegue
y enturbie
tu fiesta,
un pobre,
cansado
y viejo
poeta,
y sólo
te lleve
cual rústica
ofrenda,
de un arpa
ya rota
las tristes
cadencias,
de un ramo
marchito
las flores
enfermas.

1907

POR EL ARTE

Escrito para una fiesta de caridad, a solicitud de una distinguida señora, quien dió el tema, destinado a hacer lucir las dotes artísticas de una señorita y de un niño.

Anochece.—La escena representa una calle.—A la derecha una casa elegante. Por la izquierda se adelanta una mujer joven, mal trajeada, llevando un niño de la mano, y éste un violín bajo el brazo.
La recitación muy lenta en el romance.

Se va la luz del día,
ya trémulos y tenues,
del astro que se apaga
los rayos palidecen.
Es la hora suprema,
misteriosa, solemne,
en que el pecho se oprime
con tristezas de muerte...
El horizonte es negro
y las tinieblas crecen:
es que llega la noche,
ave inmensa, se cierne,
y sus alas de sombra
sobre la tierra tiende.
Ven, hijo de mi vida,
su manto nos protege
y oculta de mi rostro
el rubor que lo enciende.

En esa hermosa casa,
donde el lujo se advierte,
viven gentes felices
que quizá se conduelen
del mísero que a ellas
las flacas manos tiende.
Piedad de mí tendrían
si acaso me atreviese
a contarles mi historia
tan triste como breve.

Yo fuí feliz, cual nunca imaginara
en mis sueños más gratos de ventura;
mi mente en vano y sin cesar procura
apartar el recuerdo abrasador:
porque es martirio que destroza el pecho
recordar los placeres que pasaron,
si sólo llanto y orfandad dejaron,
en vez de dulce y perdurable amor.

Un hombre, joven, de nobleza lleno,
me bañó con la luz de su mirada:
al contemplarme en él, enamorada,
mi ser entero refundí en su ser.
Hado fatal arrebató mi dicha
pues mi esposo murió... de su cariño
me queda el tierno y delicado niño
a quien amparo yo, débil mujer.

No disfrutó mi hogar de la riqueza,
pero nunca faltó nuestro sustento;
mas hoy luchar con la miseria intento
porque me anima el maternal amor.
Este niño es el sol de mi alegría,
mi tormento también; pero le adoro...
Protegedle, mi Dios; es mi tesoro,
la fuente de mi dicha y mi dolor.

Sólo una madre comprender sabría
cómo ese amor inmenso me arrebata,
hace que viva y que sucumba grata
bajo el terrible peso de mi cruz.
Me duele el corazón cuando contemplo
al inocente ser idolatrado,
que en ese triste y miserable estado
se oculta temeroso de la luz.

Dicen que el tiempo y la desgracia, apenas
han marchitado la belleza mía;
por hacerle feliz tal vez podría...
mas nó, primero deberé morir,
antes iré a pedir avergonzada
un pedazo de pan a aquella puerta:
está la calle a la sazón desierta,
es el momento en que debemos ir.

Pero ensayemos antes si conmueve
su corazón el arte que, divino,
es destello de Dios, y tu camino
alumbra con su mágico esplendor;
toma el arco y arranca al instrumento,
tu amigo fiel, su dulce melodía:
lo que mi labio con temor diría
tú lo dirás con tu violín mejor.

Toca el pequeño artista. Cuando termina, se abre un balcón de la casa y una señora le arroja una moneda que el niño recoge ávidamente.

ANTE LA ESTATUA
DEL LIC. DON JESÚS JIMÉNEZ

A mi hijo Roberto

Ante la estatua que grave
y silencioso contemplas
debemos siempre, hijo mío,
descubrirnos la cabeza,
como señal de respeto
al hombre que representa.
No ves? sobre el pecho tiene
la diestra, cual si estuviera
de su corazón magnánimo
reprimiendo la violencia

con que agitarse solía
ante la humana miseria;
en la otra mano la Ley
Constitucional sustenta,
y de todo su conjunto
brota un aire de nobleza
alumbrado por la luz
de la más pura conciencia.
Al contemplarle olvidamos
la prosa vil de la tierra,
y a regiones ideales
la imaginación nos lleva;
recordamos al patricio
excelso, su vida entera
dada a su patria querida
sin esperar recompensa;
aquel carácter tan dulce,
con suavidades de seda,
aquella frente tan vasta,
aquella mirada intensa
que reflejaba de su alma
las mil fecundas ideas,
y la magia de sus labios
de que brotaban discretas,
con la miel de sus palabras,
las máximas evangélicas.

Cuando por la voluntad
del pueblo, libre y suprema,
empuñó el frágil timón
de la nave turbulenta
del Estado, ¡con qué anhelo,
buscando el bien, con experta
mano evitó los escollos
que opuso la pasión ciega,
resistiendo los ataques
de la envidia y de la negra
ingratitud! y ¡qué presto,
en hora aciaga, tremenda,
tuvo que dejar la nave
a merced de la tormenta!
pero con la frente erguida,
sin sombras en la conciencia,
y legando a su país,
como un tesoro, la ofrenda
de su nombre inmaculado
que con orgullo conserva.

Cuando por ley natural
repose yo mi cabeza
en el mullido regazo
de la muerte, cuando seas
padre también, a este sitio
es mi voluntad que vengas
y repitas mis palabras,
oscuras, pero sinceras,
al primero de tus hijos
en edad de comprenderlas,
y que del noble patriota
la luminosa existencia
sirva de norte a tu vida
como si fuese una estrella.

1903

DOS DE NOVIEMBRE

Es la fiesta de los muertos:
la naturaleza toda
parece tener un alma
sensible que se emociona
con los dolores humanos,
con el ¡ay! que se desborda
de pechos en que no cabe
la angustia que los sofoca.
Las notas de las campanas,
pausadas, lentas, monótonas,
van como inmensos gemidos,
en vibración meláncólica,
hiriendo los corazones
hasta en las fibras más hondas;
entre los altos cipreses
hay una voz que solloza,
que con su dulce tristeza
invade todas las cosas.
Es ilusión? Quién lo sabe!
Si el Dios de Misericordia
permite que los espíritus,
en una celeste forma,
visiten los cementerios
y vaguen sobre las fosas
para escuchar las plegarias
y contemplar las coronas
de flores, gratas ofrendas
llevadas en su memoria,

pasarán en este día
escenas ¡ay! silenciosas,
que no ve la vista humana
y serán conmovedoras:
ya la madre que desea
besar al hijo que adora,
ya el abuelo que sonríe
oyendo sobre las losas
las pisadas infantiles
de su nietecita, absorta
y conmovida, brillando
allí con su luz de aurora,
ya el marido enamorado,
buscando entre las personas
que pasan, a la que fue
para él una amante esposa,
ya el tierno infante que sufre
ante su madre que llora,
y quiere asirle el cabello
con sus bracitos de sombra.
Y luego, cuando la noche
desciende y se queda sola
aquella ciudad de muertos,
¡que lúgubre y pavorosa
se escucha la voz doliente
que llama desde las bóvedas!

1903

A UNA INSPIRADA POETISA

Hay en tus versos, señora,
tan grata melancolía,
que bien en ellos revelas
tus sentimientos de artista.

Y al escuchar los acordes
dulcísimos de tu lira
brotó la envidia en mi pecho
al par de la simpatía.

Porque en eso de sentir
ansias locas, infinitas,
de placeres ideales
que no hallamos en la vida;

y en eso de sufrir penas
profundas, nostalgias íntimas
que llevan llanto a los ojos,
y al labio dejos de acíbar,

si no te ofende, señora,
permíteme que lo diga:
tu alma modesta y sensible
es hermana de la mía.

1905

PRIMER TRIBUTO

En el album de don E. G.

Musa, Musa gentil, amada mía,
melancólica y dulce cual ninguna,
que con fulgores plácidos de Luna
prodigas el raudal de tu armonía,

pues has sido mi tierna confidente,
hoy que con ansia y con amor te llamo,
acude compasiva a mi reclamo:
ven tu beso a posar sobre mi frente.

Cuando mi anhelo complacer procuras,
haces que salga airoso de mi empeño
y que vierta en la copa del ensueño
el ánfora de miel de mis ternuras.

Como la dama cuyas gracias canto
reina en el corazón de quien la adora
y es «de sus pensamientos la Señora,»
hasta una Reina mi canción levanto.

En rendirle debido vasallaje
por mi dicha y honor soy el primero;
mas sólo un ramo de violetas quiero
ofrecerle cual rústico homenaje.

Y más pobre será la ofrenda mía,
cuando vengan los otros servidores
a presentarle primorosas flores
y joyeles de rica pedrería.

1914

LUCTUOSAS

A la memoria de la señora doña María P. Alvarado de Echeverría

Tendiste ya las alas presurosas
a la región del bien y de la luz
y como bello rastro de tu vida
dejaste aquí el amor y la virtud.

Todo es silencio, soledad, tristeza,
bajo el amado techo del hogar
y hay en tu prole lúgubre vacío,
pues le falta tu aliento maternal;

Mas al través del piélago celeste,
recibe las sonrisas de tu amor.....
y en el beso de luz de cada estrella
le parece sentir tu bendición.

Para llegar, señora, ante el Eterno,
te asiste cariñosa de la cruz.
Y hoy entonas tus cánticos de gloria
a los pies del dulcísimo Jesús

1884

RECUERDO

DEL DR. JUAN J. FLORES

Aquel varón ejemplar,
de honradez acrisolada,
alma noble consagrada
a la patria y al hogar,

el que vivió del amor
a la ciencia y al derecho,
sin tener entre su pecho
espacio para el rencor,

en su ardiente caridad
confundió a propios y ajenos,
no amaba sólo a los buenos;
amaba a la humanidad.

Al pensar en la obsesión
del hombre que le ofendía,
por él tan sólo sentía
una inmensa compasión.

Y cuando el hado inclemente
le hirió con mayor violencia,
pudo amargar su existencia,
pero no abatir su frente.

Del alma de aquel anciano,
a su paso por el mundo,
nos queda el germen fecundo
del verdadero cristiano.

1903

UN RECUERDO

A Juan Diego Braun

Cumplido será mi anhelo:
vivirán eternamente
tus versos en nuestra mente,
tu espíritu allá en el cielo.

Que fué tu vida apreciada
mezcla de gozo y de pena,
la vida de la azucena:
pasajera y perfumada.

De la vida en el piélago espumoso
tropezó a cada paso tu barquilla
con los escollos duros de la suerte,
con los fantasmas negros de la envidia.

Y no pudo formar en su coraje
aquella inmensidad embravecida,
sino bucles de luz y de esmeralda
al quererte oponer su airada linfa.

Después.. .. la tarde azul, y el horizonte
que a tus pupilas ávidas se abría,
mostrándote en hermoso panorama
la dulce primavera de tu vida.

Luego el amor con sus perfumes suaves,
sus palabras de miel y sus caricias,
y un ángel que gustaba de tus cantos,
y tú con tu canción adormecías.

Y tu barca gentil siempre adelante,
y el cuadro encantador siempre a tu vista,
y tú bogando, y sin cesar bogando,
para alcanzar la playa bendecida.

Luego.. .. una nube, luego la tormenta,
luego la tempestad que estalló en ira:
el rayo serpeaba en el espacio
y la noche y la mar se confundían.

Luego... un choque fatal entre la sombra...
después, gritos de muerte y de agonía...
silencio aterrador..... y allá en la playa
muchas voces de súplica infinita!

Muchos brazos alzándose a los cielos,
y sollozos y lágrimas sentidas:
son los seres queridos de tu alma,
los corazones ¡ay! que te querían.

1884.

DE LA CORONA FÚNEBRE
DE MARÍA ZÚÑIGA MONTÚFAR

RECUERDO

Huyó la dulce niña
de ojos de cielo,
del hogar en que ha sido
luz y consuelo.

En el linde en que el ángel
se transfigura,
en virgen inocente
graciosa y pura,

como frágil crisálida,
tornóse en breve,
en linda mariposa
de alas de nieve.

Y huyó la dulce niña
de ojos de cielo,
del hogar en que ha sido
luz y consuelo.

UNA VIOLETA

en la corona fúnebre de Pío Víquez

En gratísimo solaz
troqué yo mi negro hastío
leyendo versos de Pío,
el cantor de *La Torcaz*.

Vi asombrado cómo hacía,
de sus más rudos dolores,
brotar perfumadas flores
su espléndida fantasía.

El tuvo numen fecundo
y alma digna, por lo bella,
de habitar en una estrella
en vez de errar por el mundo.

Su corona, conmovida,
hoy teje la amistad fiel. . .
la corona de laurel
que debió ostentar en vida.

Pero yo tan sólo intento
llevar al dulce poeta,
en esta humilde violeta,
oculto mi pensamiento.

UN RECUERDO

de la virtuosísima señora doña Pepa de Bertheau

Una alma toda ternura,
toda luz y toda amor,
vibrando siempre al impulso
de alguna noble pasión.

En ella, hasta el más humilde,
palabras de afecto halló,
en sus labios la sonrisa
y la dulzura en su voz.

La caridad y el trabajo
fueron su culto mejor
y el pan que daba, no tuvo
ni dejos de humillación.

Sabía que, del mismo origen,
destellos todos de Dios,
somos en verdad hermanos
y rayos del mismo sol.

Su amor inmenso de madre,
a falta de hijos, vertió
sobre todas las desgracias
y sobre toda aflicción.

Su digno esposo, a quien ella
desde otro mundo mejor,
inspira que han de acatarse
los altos juicios de Dios,

sin lanzar una protesta,
con santa resignación,
sufre en profundo silencio
la angustia de su dolor.

1910.

EXPANSIONES

Con motivo de la muerte de mi querido tío

ENRIQUE COOPER

Sumida en hondo sopor
siente el hombre la conciencia
tras de la ruda violencia
con que le hiere el dolor.

Resistir luego procura
de su infortunio el exceso,
doblegado por el peso
de su inmensa desventura.

Y al contemplar el inerte
cadáver del ser amado,
siente pasar a su lado
el hálito de la muerte.

Es todo sombras y duelo
y ante el misterio que aterra,
no hallando alivio en la tierra,
los ojos buscan el cielo.

Pero vibra el corazón
y en un angustioso grito
interroga al infinito
con delirante emoción:

Por qué, Díos santo, por qué
gozar dejas de la vida
tanta gente fementida
que encenegada se ve?

Por qué también se la das
al hombre desesperado
que ha de arrancársela osado
porque no la sufre más?

Y la quitas sin piedad,
hoy a ese padre querido
que calentaba su nido
con su amor y su bondad!

No basta, del bien en pos,
hallar la humana malicia?
no existe, pues, la Justicia
ni en los decretos de Dios?

Mas no, corazón mezquino,
reprime tu voz de duelo
y tendrás como consuelo
un sentimiento divino,

al pensar que allá en la altura
es feliz quien sufrió tanto,
y no empañes con tu llanto
el cielo de su ventura.

1903

A MI QUERIDO PRIMO

EMILIO PACHECO COOPER

Ya roto el frágil vaso,
tu alma blanca de niño
sus leves alas tiende
en busca del Empíreo.
Yo sé que hay otra vida,
yo sé que no morimos,
que la muerte es un paso
del sendero divino.
Tú existes, de mi pecho
lo siento en lo más íntimo....
por eso al ausentarte,
en vez de adios!, te digo,
con férvida esperanza:
hasta la vista, Emilio.

1905

A EMITA SALAZAR PINTO

La alondra gentil
dejó su pensil,
del dulce pinsón
cesó la canción,
la alegre torcaz,
con vuelo fugaz,
sus alas tendió
y el nido dejó,
sumiendo su hogar
en hondo pesar...
y es flor del Edén
ese ángel también

1910

A LA MEMORIA

de mi querida prima Matilde Freses v. de Guier

ULTIMO RECUERDO

El ángel de la muerte, con cariño
besó tu sien y te dejó dormida
y al término llegaste de la vida
con la tranquila placidez de un niño.

No olvidaré yo nunca la postrera
mirada que posé por un instante
en tu querido y pálido semblante
que tantas veces afectuoso viera.

Hubo explosión de lágrimas y flores
y dogales de angustia en las gargantas
por los sollozos comprimidos, tantas
muestras sinceras de íntimos dolores.

Nublados por el llanto nuestros ojos
en tí quedaron con tristeza fijos,
y los robustos hombros de tus hijos
llevaron ay! tus fúnebres despojos!

Siguió después la procesión doliente,
una lluvia finísima caía
y que lloraba el cielo parecía
al alejarte tú, querida ausente.

.....

Tesoro de bondad, madre modelo,
a piadosas virtudes consagrada:
has quedado triunfante en la jornada
pues mereciste el galardón del cielo.

1913

HUMILDE TRIBUTO

a la memoria de la señorita Flora Pérez Calvo

Morir en plena ilusión,
como rosal que se enflora,
llevando toda una aurora
de amor en el corazón,

una dicha debió ser,
un morir muy halagüeño:
pasar de un sueño a otro sueño,
de un placer a otro placer.

Más ¡oh! negra desventura,
al final de tu jornada
fue tu vida acibarada
por la más honda amargura,

pues quiso la Providencia
doble cáliz ofrecerte:
el de una llorada muerte
y el de una sentida ausencia.

Tus goces fueron agravios
y en apariencia cruel,
vertió su copa de hiel
sobre el néctar de tus labios.

Fue triste y profundo el duelo
al ver colmarse tu fosa,
mientras tu madre amorosa
te acariciaba en el cielo.

1913

INTIMAS

NOSTALGIA

Son mis versos sin arte,
muy sencillos y breves,
pero en ellos el alma
dejo ver trasparente
como el agua que brota
de las rocas agrestes;
por lo humildes semejan
esas flores silvestres
que en la sombra del bosque
se marchitan y mueren,
sin sentir el consuelo
de expirar dulcemente
sobre un seno de virgen,
entre rosas y nieve.

Como un niño llevado
de improviso, entre gentes
que le causan asombro
y a mirar no se atreve;
así voy de la vida
por la oscura pendiente,
ocultando en mi pecho
la nostalgia perenne.

Oh! Yo tengo una patria,
una patria celeste,
donde sólo hay dichosos,
donde el alma no tiene
sino amor sin engaños
para todos los seres;

allí el odio no existe,
ni el orgullo insolente,
ni la humana falsía,
ni la ira que enciende
las pasiones salvajes
que desgarran y muerden...

Nuestra vida es un sueño
de dolor y de fiebre
que sacude y disipa
cariñosa la muerte:
huye entonces el alma
de su cárcel y asciende
con sus túlgidas alas
a su patria celeste.

1904

LA ABUELA

Quién busca
los niños,
sus gracias
celebra,
los ama,
los mima,
tan dulce,
tan tierna?
Quién goza
si ríen?
si sufren,
quien pena
y excusa
sus faltas
por graves
que sean?
La madre
dos veces,
la plácida
abuela.
Quién blancos
cabellos
cual galas
ostenta
y grata
los tiempos
pasados
recuerda?
Quién sólo
virtudes
y amores
revela?
Quién nunca
se enfada
y es siempre
tan buena?
La madre
dos veces,
la plácida
abuela.

1903

NOCHEBUENA

Es ya la noche,
la Nochebuena,
los chicos todos
están de fiesta,
porque el Dios Niño
viene y les deja
los aguinaldos
entre las medias
y a veces toda
la funda llena.
Los más pequeños
hallan en ella
bolas, confites,
arcos y flechas;
los mayorcitos
de fijo encuentran
grandes tambores,
largas trompetas,
y a las niñitas
—sus predilectas—
a media noche
siempre les lleva
la gran familia
de las muñecas,
unas muy rubias
y otras morenas.
Mas allá, lejos,
en las aldeas,
en las aisladas
pobres viviendas,

hay también muchas
niñas pequeñas,
que son tan lindas,
que son tan buenas...
Hace gran frío,
la noche es negra,
todo es silencio,
todo es tristeza,
y en la mañana
cuando despiertan
y ansiosas buscan
con manos trémulas,
las infelices
hallan apenas
sus lechos duros,
sus ropas viejas.
No es justo el Niño?
Son malas ellas?
No gusta acaso
de su inocencia?
Y cómo sufren
las madres tiernas
que de sus hijas
oyen las quejas!
Cómo su sangre
verter quisieran
por darles una
sola muñeca,
de esas preciosas
que hay en las tiendas,
mientras sus lágrimas
corren acerbas
de sus mejillas
flacas y yertas
a los harapos
de su miseria!
Pero en el fondo
de su conciencia
una voz dulce
dice discreta
que la justicia
no es de la tierra
y que tan sólo
tendrán sus penas
allá en el cielo
su recompensa.

1903

DE MI HOGAR

Tengo en mi casa un pimpollo
hecho de nieve y de rosa;
es un diablillo animado
por una fúlgida aurora,
tiene los ojos azules
y la cabellera blonda,
una mirada traviesa,
una risa juguetona,
un olorcillo indecible,
diré mejor, un aroma
desconocido al olfato
de las extrañas personas,
pero que percibe el alma
de toda madre amorosa.
Ha visto tres primaveras
y bajo su bata asoman
unas frescas pantorrillas
tan tiernecitas, tan gordas,
que no basta que las bese,
precisa que me las coma.
Sin darse cuenta, el muñeco
hace unas gracias tan monas,
que me parece mentira
que sepa ya tantas cosas:
sabe montar a caballo
sobre cualquiera persona
y dar vueltas de carnero,
con suerte tan caprichosa,
que a veces sin dar la vuelta
enseña todas las formas;
habla con tanta cordura
como cualquiera cotorra,
conoce el arte difícil
de hacer de todo una bola
y arrojarla por el suelo
rompiendo así lo que toca;
con su presencia disipa
hasta las penas más hondas;
de todo su cuerpecito
emana una risa loca
y cuantos le ven de cerca
al punto se sugestionan:
en fin, en casa tenemos
un pedacito de gloria.
Si alguno dice al oirme
que yo exagero las cosas,

que no es tan hermoso el chico,
ni merece esas lisonjas,
he de responderle: amigo,
será usted buena persona,
pero, de fijo, no es padre;
pues todos, a la redonda,
hablando de nuestros hijos
contamos igual historia.

1903

AMORES

El es más rubio
que las espigas
y tiene rosas
en las mejillas;
ella, la pura,
la hermosa niña,
tiene la gracia
que da a sus hijas
el sol ardiente
de Andalucía;
hay luz de estrellas
en sus pupilas,
su boca es roja
como una guinda
y la aman todos
cuantos la miran.
El puede verla
todos los días,
porque la novia
es su vecina;
cuando se juntan
causan envidia
porque se besan
con tal delicia
que se confunden
sus dos boquitas,
o si se abrazan
pronto vacilan
rodando al suelo
muertos de risa;
luego se acercan
junto a una silla
para decirse
mil monerías,
mientras sus madres,
con su sonrisa,
dicen que gozan
cuando los miran,
pues quince meses
tiene la niña,
y él muestra ufano
las pantorrillas
bajo los pliegues
de su batita.

1903

RIMAS BREVES

tienes,
dulce,
tierno
niño,
ojos
bellos,
rubios
rizos.
Cuando
duermes,
ángel
mío,
sueñas
juegos
gratos,
vívidos;
viendo
ninfas
como
lirios
darte
besos
siempre
ricos;
oyes
sólo
suaves
trinos.
Tienes
lecho
blando,
tibio,
mientras

otros
pobres
niños,
lanzan
lejos
tristes
gritos,
porque
sufren
hambres,
fríos.
Si eres
bueno,
justo,
digno,
quiere
mucho
tales
niños.

1903

A MI ESPOSA

Entre penas y alegrías,
de nuestro enlace sagrado
catorce años han pasado,
es decir, catorce días.

Me quedo a veces absorto,
pero después me hago cargo
de por qué tiempo tan largo
se nos ha vuelto tan corto.

Es claro: somos dichosos,
y con tranquila conciencia
pasamos nuestra existencia
como dos buenos esposos.

Esto cualquiera lo explica:
queriéndote cual te quiero,
aunque no sobre el dinero,
¡se hace la vida tan rica!

Eres en verdad muy buena;
pero debo reprocharte
lo que voy a confesarte
por más que te cause pena.

Dirás que soy importuno;
pero tienes, en efecto,
un sólo y grave defecto,
cual es... ¡no tener ninguno!

Yo miento cuando te digo:
«Te quiero cual te quería
en aquel dichoso día
en que me casé contigo.»

Talvez a enfadarte vas;
mas no te cause quebranto;
si ya no te quiero tanto,
es porque te quiero más.

1903

AUSENCIA

Oh! qué triste es la ausencia de una esposa querida,
de ese sér que es la gracia y es la luz de la vida,
que ilumina, embalsama y embellece el hogar!
En mis noches, tan largas, no te olvido un instante,
y mi pecho está ansioso, y mi mente anhelante
con tu imagen amada se complace en soñar.

Ya no tengo la dicha de sentirme en tus brazos
y son ellos tan sólo los dulcísimos lazos
que a una vida enojosa me pudieron unir.

El incendio de mi alma no se apaga un momento,
pues estoy como siempre de tus besos sediento
y el amor que me abrasa te quisiera infundir.

Ven, paloma, a tu nido silencioso y vacío
que te diga de nuevo que te adoro, bien mío,
como supo sentirlo mi primera pasión.
En mis versos, mi vida, mis delirios te dejo.
Nunca el alma envejece y en mi pecho de viejo
siempre late un ardiente, juvenil corazón.

1912

A MI ESPOSA

Es una fecha muy grata
la que, por gracia de Dios,
hoy celebramos los dos
con nuestras Bodas de Plata.

Va en aumento tu bondad
y mi amor, según opino,
la virtud tiene del vino:
que mejora con la edad.

Ya está blanco mi cabello
y tú conservas, querida,
en la mitad de la vida,
tu rostro agraciado y bello.

Tu belleza, sin aliño,
para mí no tiene engaños:
la que pierdes con los años
la repone mi cariño.

Y estrecho más nuestros lazos,
al verte en plácida escena,
como Madona morena
con el infante en sus brazos,

porque Dios benigno quiso
colmar mi afán amoroso
y un querube delicioso
enviarme del Paraíso.

Su cuerpo, rosa en botón
y su alma, en flor todavía,
transportan la mente mía
al reino de la ilusión.

Es un misterio profundo
y a veces duda crüel:
cómo vivíamos sin él
antes que viniese al mundo.

Son sus ojitos dos cielos
y entre otras mil maravillas,
en sus rosadas mejillas
puso el amor dos hoyuelos.

Cuando risueño despierta,
mi gozo llega al exceso
al ofrecerme su beso
con la boquita entreabierta.

Es un placer sin igual,
en una caricia loca,
libar en tan dulce boca
un ósculo angelical.

Y, lo diré, aunque no cuadre:
ese chiquillo hechicero
es el Príncipe Heredero. . .
del corazón de su padre.

24 de noviembre de 1914.

TENTACIÓN

Drama histórico en un acto,
más bien, una escena sola.
(A Billo, amigo y poeta,
está la dedicatoria)
Lugar, un metro cuadrado
en el suelo de una alcoba.
Epoca, contemporánea,
semana pasada próxima.
Un infante de ocho meses
y la gatita Morronga,
del drama o tragicomedia
son las únicas personas.
El público lo formamos
otras dos, esto es: mi esposa
y yo que soy el autor
de la minúscula obra.
El niño se halla sentado
sobre una gastada alfombra,
con las piernas extendidas,
morenas, frescas y gordas
y por un escarpín roto
hay un dedito que asoma,
muy semejante a un confite
o a un botoncito de rosa.
Su vestido: una camisa
ligera, sutil y corta
y unos calzones cruzados
como lo exige la moda.
Unos rizos que se mezclan
con cierta maraña blonda
cubren y adornan a un tiempo
su cabeza encantadora;
contrasta con sus ojazos
la pequeñez de su boca,
una cereza madura,
en que parece retozan
sonrisas angelicales
y risillas picaronas,
y con sus traviesas manos
diminutas y redondas,
no sabe dónde posarse,
qué coge ni qué desploma.
No sé adular a los grandes;
mas lo digo sin lisonja:
ver al actor *por completo*
es penetrar en la Gloria.
Empieza la acción: la gata
se despereza y desdobla
el espinazo flexible
y se aproxima a una corta
distancia, porque lo busca;
mas de sus puños no ignora
las inocentes crueldades
con que la piel le destroza,
le atormenta las orejas
y le maltrata la cola.
El niño la ve y la llama
con la magia deliciosa
de su mirada, sus brazos,
sus movimientos y toda
la expresión de sus deseos
y al notar que huraña y hosca
no se mueve, se enfurece
y la reconviene, en forma
—por la infantil amenaza—
tan sugestiva y tan cómica,
que el público estalla en una
risa estridente y sonora
y vuelve el primer actor
su rostro y se queda absorta
su atención en la algazara
que juzga pueril, impropia.
En ese momento mismo
aprovecha la Morronga
su distracción y de un salto
suave y elástico, toca,
con la punta de sus garras,
en el dedito de rosa,
varias veces de seguida,
lo coge luego en la boca . . .
lo deja . . . . . y furtivamente
se aleja como una sombra.
El niño no se dió cuenta
de la escena tentadora,
ni de la noble hidalguía
con que la buena Morronga
probara, dejando intacto
aquel dedito de rosa!

1915

RELIGIOSAS

HIMNO EUCARÍSTICO

(Letra adoptada en el Congreso Eucarístico de 1913)

SOLO

Jesús, amante esposo
de virginales almas
que las tormentas calmas
del hombre y de la mar,
Jesús que en los altares
por nuestro amor te humillas,
que el mundo de rodillas
te adore sin cesar.

CORO

Oh! dulce prisionero,
oh! víctima inocente,
inagotable fuente
de gracia y de perdón,
las ondas de ternura
que de tu pecho exhalas
a tí vuelvan en alas
de nuestra adoración.

SOLO

Jesús manso y humilde,
Cordero inmaculado,
Jesús sacramentado
que sabes sólo amar:
la fe nos ilumina
y el alma enamorada
en la Hostia consagrada
te siente palpitar.

Nº 2

Fuera del concurso

El ciervo fatigado
no va con más anhelo
al límpido arroyuelo
su sed a mitigar,
que ansiosa el alma mía
buscando se adelanta,
en la Hostia sacrosanta,
su angélico manjar.

Jesús a quien adoro,
perdona que a tí llegue,
permite que te entregue
mi pobre corazón.
Señor, yo no soy digno
de que a mi pecho vengas . . .
preciso es que me tengas
inmensa compasión.

Admiro tu justicia;
mas tu bondad me asombra,
me arrancas de la sombra
¡oh Padre de la luz!
Al descender repites
de nuevo tu calvario . . .
prisión es el sagrario
y mis pecados, cruz.

1913

CANTO A LA EUCARISTÍA

Jesús a quien adora
mi ardiente corazón con fe sencilla:
cual tímida avecilla
que al asomar la aurora
su faz radiante y bella
y al apagar su luz la última estrella,
al invisible sol que ya presiente
saluda con sus rítmicos gorjeos
y le cuenta sus ansias y deseos . . .
inclinando mi frente
y sintiendo mi espíritu agitado,
de mi olvidada lira
el himno brote que tu amor me inspira
para cantarte ¡oh Dios! Sacramentado.

Jesús que en el materno
regazo de María
o apoyado en su seno dulcemente,
oíste con placer su arrullo tierno,
el canto celestial con que solía
las penas mitigar que le ocultabas
y disipar las nubes de tu frente,
pues ya, divino infante,
en el madero trágico, infamante,
y en tu siniestra muerte meditabas;
mas tu mayor tortura,
lo que llenó tu pecho de amargura,
fué el odio, la insolencia,
con que la gente incrédula y malvada
habría de responder a tu clemencia
al ofrecerte en la Hostia consagrada.

Oh! manjar delicioso
por las divinas manos preparado,
y del Amor Hermoso
el más grato y riquísimo legado;
encanto de las almas que te adoran,
consuelo de los tristes que en tí fían
que si amarte supiesen, cómo irían
ansiosos a buscarte los que lloran!
Tu inefable promesa
se realiza a través de las edades,
pues vamos siempre a la sagrada mesa
a gustar de tu angélica pureza
y a combatir las recias tempestades.

Jesús escarnecido,
Jesús por nuestro amor crucificado,
que al expirar exangüe y agotado,
como racimo de uvas exprimido,
con la divina púrpura teñido,
tu cuerpo virginal quedó enclavado!
Mas a tu pecho amante
esa muerte crüel no fué bastante,
y viertes cada día
para saciar la sed de tus hermanos,
la sed espiritual que nos abrasa,
tu sangre preciosísima sin tasa . . .
que es misterio de amor la Eucaristía,
porque sólo hay bondad en sus arcanos.

Jesús, Pastor divino,
celeste peregrino
que vienes a llamar a nuestras puertas,
donde no hay pecador que no perdones,
que quieres para tí los corazones
y sabes calentar las almas yertas !
Perdona mis anhelos,
inmaculado lirio
que la tierra perfumas y los cielos!
y, como insecto alado,
al rededor del encendido cirio,
permíteme que gire,
hasta encontrar tu corazón sagrado
y en su hoguera de amor feliz expire.

1913

LA MEJOR COMUNIÓN

No quisiera, mi Dios, que la temida,
la pálida y callada mensajera,
con su aliento mortífero extinguiera
la vacilante llama de mi vida,
sin que a la Virgen Madre Inmaculada,
más bella que la luz de la alborada,
que todas las virtudes atesora,
y es reina de la gracia y la hermosura,
desde el fondo de mi alma pecadora,
suba un canto de amor y de ternura.

Mas hoy tan sólo intento,
en dulce arrobamiento
que fascina y embriaga el alma mía,
recordar, oh! Jesús, tu última cena,
cuya memoria honramos cada día
y el pecho de los justos enajena.
En la víspera fué de tu martirio,
contigo eran los doce, no excluíste
ni al apóstol traidor y miserable . . .
Cual si llevado hubieses al delirio
oh! Amor inagotable!
el ansia de entregarte a tus hermanos,
como alimento celestial les diste,
bajo forma de panes y de vino
que ofrecieron, oh! Dios, tus propias manos,
tu cuerpo y sangre humanos
unidos a tu espíritu divino.
Y en tan supremo instante,
cuando una luz hermosa,
suavísima a la vez y esplendorosa,
brillaba en tu dulcísimo semblante,
fué tu bendita madre la primera
que recibió la comunión sagrada
y en éxtasis cayó, como cayera
al recibir la angélica embajada.
Cómo, mi buen Jesús, cómo osaría,
la torpe lengua mía,
explicar el amor y la pureza
y la paz y el placer y la tristeza
que al recibirte así sintió María?
Pues, quién como se debe te adorara
y mejor a tu espíritu se uniera
que la que nueve meses te llevara
y por divino amor te concibiera?
Quién más casta y más pura
y a tí más semejante se imagina?
Ni la mente del hombre lo adivina,
ni en los cielos la iguala otra hermosura!
Ella contigo en comunión estuvo
cuando su vientre virginal te tuvo,
donde formaste tu primer sagrario,
cuando te daba el seno palpitante,
cuando amorosa te arrullaba infante,
cuando subió contigo hasta el Calvario
y agonizaba al verte agonizante!
Y consumado todo, en la espantosa
tarde en que los cadáveres se alzaron
y los muros del templo se rajaron,
después también de tu ascensión gloriosa,
continuó recibiéndote María,
para calmar su maternal anhelo,
en el dulce manjar digno del cielo:
en la inefable y Santa Eucaristía;
hasta que al fin su corazón sagrado,
siguiendo en pos tu luminosa huella,
y como acude al sol errante estrella,
mas sin dejar el vaso delicado

en que brotaste, oh! nardo perfumado:
el ánfora que al mundo
vertió el más rico y confortante vino,
en un arranque de su amor profundo,
subió a buscar tu corazón divino.

1913

A JESUS SACRAMENTADO

EN DESAGRAVIO

Quién al ver a su padre, brutalmente ultrajado,
el furor en su pecho reprimir consiguió?
Y si logra piadoso contener su venganza,
niega al padre ofendido su ternura y su amor?

Y ante el crimen horrendo, perpetrado en la sombra
contra la Hostia Divina, contra el manso Jesús,
guardar puedo un silencio que afrentoso sería
a quien es el Camino, la Verdad y la Luz?

En los cielos inmensos, tachonados de estrellas,
no han podido los sabios el espacio medir,
ni tampoco podemos calcular los millones
de las almas, Dios-Hostia, que creyeron en Tí!

Cuántos justos sintieron, recibiendo contritos
ese dulce, inefable, sacramento de amor,
revivir en sus pechos celestial esperanza
o de paz inundarse su feliz corazón!

Ese Dios que yo adoro es el Dios de mis padres,
es el Dios de Justicia y es el Dios de Bondad,
el que se hizo pequeño por salvar a los hombres
y que espera que lleguen hasta el pie de su altar.

Mas, oh Dios! ¡qué espantosa la execrable visita!
no es amor lo que lleva como ofrenda a tus pies;
es el odio, el escarnio, la saliva asquerosa
del sayón inhumano, despiadado, crüel.

Pero Tú, silencioso, mi Jesús adorado,
has sufrido esta nueva y afrentosa pasión,
a tu Padre implorando, con los brazos abiertos,
para el ciego verdugo, compasivo perdón.

1913

A MARÍA

Oh! dulce madre mía
y madre de mi Dios,
acoge bondadosa
mi férvida oración.

Oh! Virgen sin mancilla,
tu maternal amor
es siempre inagotable
como la luz del sol.

A mí vuelve tus ojos
y ténme compasión,
ya ves qué desvalido
y qué menguado soy!

Del hijo que tu seno
castísimo llevó,
en las divinas manos
mis oraciones pon

Y en la hora de mi muerte
no me abandones, nó,
oh! dulce madre mía
y madre de mi Dios.

(Dedicada al Ilmo. Señor Obispo,
Doctor Juan Gaspar Stork).

1913

AL GLORIOSO PATRIARCA SAN JOSÉ

Casto esposo de María,
la hermosa Estrella del Mar,
benigno, justo y humilde,
de pureza angelical;
Santo Patriarca llamado
por la niñez a velar
de quien de soles y mundos
poblara la inmensidad:
tú que le viste en pañales
y en un mísero portal,
pídele salve y proteja
a esta pobre humanidad
que va ciega y descarriada
persiguiendo un ideal
que, como en Él no lo busca,
es una sombra no más;
que de su Padre Glorioso
nos venga el reinado ya,
que en los cielos y en la tierra
se cumpla su voluntad
y así domine en el mundo
el espíritu de paz,
viviendo todos unidos
por la dulce caridad.

1914

TRADUCCIONES DEL RUSO

LÁGRIMAS DE MADRE

DE NEKRASSOF

Contemplando el horror de los combates,
al sucumbir un nuevo combatiente,
no sufro por la esposa ni el amigo,
y ni me inspira compasión el héroe.

La esposa llega a consolarse, el hombre
al amigo mejor olvidar puede;
pero hay un alma solitaria y bella
que su recuerdo guardará perenne.

En medio de la prosa de la vida
y el hipócrita afán que la envilece,
he visto muchas lágrimas, y sólo
sinceras son las que la madre vierte.

Al hijo muerto en el sangriento campo
no puede ella olvidar, como no puede
alzar jamás sus ramas inclinadas
el sauce melancólico y doliente.

EL ANGEL

DE M. LERMONTOF

A media noche, hay un ángel
que vuela en el cielo y canta
en voz casi imperceptible
que sólo escuchan las almas;
mas las estrellas comprenden,
la Luna y las nubes pardas;
en su cántico sagrado
elogia las almas santas

que habitan el Paraíso,
en glorietas perfumadas;
ensalza en él la grandeza
de Dios, y sus alabanzas
con expresiones sencillas,
sinceras y apasionadas;
a las almas juveniles
de la tierra, las abraza
y del reino de las penas
dulcemente las arranca;
del eco de sus canciones
queda en las jóvenes almas
algo vivo y que no puede
expresarse con palabras...
Poco a poco se evapora,
del mundo en la lontananza,
lleno de acordes divinos,
dulces notas que no cambian
ni con el ay! angustioso
de las tormentas humanas.

DOS JUICIOS SOBRE LA VIDA HUMANA

De A. Pouchkin

I

Oh vida casual inútil,
para qué me fuiste dada?
Y por qué el destino ciego
me condenó a la desgracia?
¿Qué fuerza enemiga quiso
arrancarme de la nada,
pasiones vertió en mi pecho,
dudas en mi mente insana?
Vida que no tiene objeto,
corazón hastiado y alma
a quien el eco monótono
de su propia vida cansa!

II

De M. Filater

No casual, ni inútilmente
la vida me ha sido dada,
y la voluntad divina
al dolor, no a la desgracia,
me destinó; mas mi propia
voluntad libre y malvada,
desde el fondo del abismo,
al mal llamó y las nefandas
pasiones vertió en mi pecho,
dudas en mi mente insana.
Oh! Dios que brillas en medio
de las más negras borrascas,
que siempre de mí te acuerdas,
mientras yo te olvido, mi alma
salió de tus manos pura
y mi corazón sin manchas.

EL GANSERO

POR SUDERMANN

(Traducido del alemán)

Hace un buen rato, amigo mío, que oigo a Ud. llena de admiración. Según veo, Ud., más que yo misma, hace verdaderos esfuerzos para tomar las cosas tales como en realidad son. ¿De dónde, pues, le vienen ahora súbitamente esas sutiles consideraciones sobre la vida del sentimiento y esos ideales fantásticos y dignos de lástima a que Ud. se entrega?

Me figuro, si no me equivoco, que todas sus niveladoras tendencias doctrinarias le han jugado a Ud. en otro tiempo una mala pasada. Sostiene Ud., si he entendido bien, que en el modo de sentir de las diversas clases sociales no existe profunda diferencia, y la vida práctica nos prueba lo contrario todos los días. ¡Oh! Si Ud. tuviese razón se realizaría un hermoso sueño.

El ideal de igualdad y de fraternidad, que yo, legítima aristócrata como Ud. me llama, debo tener por una quimera, debería de ser verdad, o más bien, lo ha sido ya una vez para mí, pues, un poquito de saber más o menos no puede llegar a fundar una gran diferencia en la naturaleza de los hombres.

No, amigo mío, los sentimientos, más aún que todo otro motivo de riqueza, rango o sabiduría tomados conjuntamente, son los que forman el abismo que separa al pueblo bajo de la gente culta; tanto es así que uno y otra, sin inteligencia para llevar a cabo acciones extraordinarias, se conducen como los burgueses de cualquier nación. Desgraciado del que intente salvar ese abismo!

¿No me cree Ud.? ¿Mueve Ud. la cabeza? ¡Oh! Querido hablo desgraciadamente por experiencia, y si yo pudiera con-

tarle . . . Pero, ¿por qué no? Ya se hace de noche, allá afuera ruge la tempestad de noviembre y hoy celebro mis treinta inviernos: motivo suficiente para evocar en este momento la luz, la primavera y la juventud.

Déjeme Ud. cerrar los ojos y óigame complaciente: voy a hablarle de mi primer amor.

¿Sabe Ud. quien fué mi primer amor? ¡Un gansero! Un gansero en cuerpo y alma. No lo digo en broma. El me hizo verter amargas lágrimas de dolor cuando ya era una crecida y respetable señorita.

Efectivamente, en aquel tiempo, antes de que él hubiese inflamado mi corazón, me hallaba en ese período de la vida en que el más alto ideal de la felicidad consiste en . . . andar descalza!

Yo tenía ocho años y él diez. Yo era la señorita de la casa, y él, el hijo del herrero de una aldea.

Por la mañana, cuando tomaba café en el corredor, en compañía de mi madre y de mi hermano, pasaba él por delante de nosotros arriando los gansos que debía conducir al prado.

Al principio nos miraba con cándida admiración, sin que se le ocurriese llevarse la mano a la gorra; pero desde que mi hermano le hizo comprender que debía hacer un saludo a sus patrones, nos gritaba un "buenos días" siempre igual, aprendido de memoria, mientras se entretenía en dar vueltas a su gorra.

Cuando mi hermano estaba de buen humor me concedía permiso de llevarle, en pago de su urbanidad, un pedazo de pan blanco que con cierta voracidad me arrebataba de la mano, como si corriese peligro de que se lo quitase.

¿Qué aspecto era el suyo? Aun me parece verlo delante de mí, con sus lacios y rubios cabellos que sobre sus morenas mejillas caían como un manojo de amarilla paja; con sus ojos azules de viva y risueña mirada, los ajustados calzones arrollados hasta la rodilla y en la mano una delgada varilla de sauco, en cuya corteza había labrado artísticamente una blanca espiral.

En esa varilla se fijó mi primera envidia infantil. Pensaba que debía ser delicioso tener entre las manos esa obra de arte, trabajada de tan diversa manera que los objetos de mi uso, y al imaginar además que podría llegar hasta andar descalza y arrear con ella los gansos, parecíame que sería eso el summum de la felicidad terrestre. Y sin embargo, puerilidades semejantes son las que nos acercan a los hombres.

Una mañana, a la hora del café, le ví pasar y no pude contener por más tiempo mi deseo. Junté las dos rebanadas de pan con miel que iba a comer y corrí tras él sigilosa y apresuradamente.

Cuando me vió llegar, se detuvo y me miró con asombro; pero al notar en mi mano el pan se iluminó su mirada.

—¿Quieres darme tu varilla? le pregunté.

—Nó. ¿Para qué? repuso él manteniéndose sobre un pié y rascándose la pantorrilla con el que le quedaba libre.

—Porque yo la quiero, repliqué atrevidamente, y continué con más suavidad:

—Yo te daré también mi rebanada.

La miró codiciosamente y concluyó por decir:

—Nó, la necesito para guardar los gansos, pero sí puedo hacerte otra parecida.

— ¿Serías capaz de hacerla? le pregunté asombrada.

—¡Oh! Eso no es nada, dijo riendo desdeñosamente. Yo puedo hacer flautas y muñecos que bailan.

Todo eso me hechizó de tal modo que sin más vacilación le regalé la rebanada.

La mordió con delicia y, sin dignarse dirigirme otra mirada, corrió a reunirse con su pueblo alado.

Lo contemplé con verdadera envidia. El podía ir a guardar los gansos y yo tenía que permanecer allá arriba aprendiendo francés con Mademoiselle. Sí, pensaba yo, la felicidad está muy mal repartida en este mundo.

En la tarde me trajo la varilla prometida, que era aún más bella que como me la imaginara en mis más hermosos sueños: además de la blanca espiral que me había gustado tanto, tenía, en el extremo más grueso, una cabeza en forma de bola, endonde había dibujado por medio de líneas longitudinales y transversales una cara humana, que no pude descifrar si era la suya o la mía.

¡Oh! Qué felicidad! Desde entonces fuimos amigos. Yo le hacía partícipe de los manjares que, como a niña mimada, me llovían de todos lados, y él me dedicaba las obras de arte que producían sus delgados dedos: flautas, casitas, cajas, útiles para muñeca y, sobre todo, las famosas figurillas danzantes con que metía miedo a algunas personas de la casa.

Nuestras citas de todas las tardes tenían lugar detrás del corral de los gansos: allí cambiábamos nuestros regalos y durante todo el resto del día me sentía feliz ocupando mi pensa-

miento con mi joven héroe. Le contemplaba en la pradera iluminada por el sol, echado sobre el césped y soplando en su flauta, en tanto que yo me fastidiaba aprendiendo fastidiosos vocablos.

Cada vez más fuerte se apoderó de mí la ambición de tomar parte en esa felicidad que consistía en . . . cuidar gansos.

Cuando yo lo puse al corriente de mis deseos, se rió como un loco y dijo:

—¿Por qué no vienes conmigo?

Esto me decidió y sin reflexionar más le contesté:

—Mañana iré contigo.

—Pero no olvides traer algo qué comer, me recomendó él.

La suerte me fué favorable al día siguiente. A Mademoiselle le dió muy oportunamente su jaqueca y no pudo ocuparse en mis lecciones.

Loca de ansiedad y de alegría me senté a la mesa, a la hora del desayuno y esperé el momento de su llegada.

Yo tenía los bolsillos repletos de golosinas de toda especie que había pedido a Mademoiselle y llevaba la varilla que, ese día, pensaba yo, llenaría cumplidamente su cometido.

Llegó por fin, medio andrajoso. Sus ojos brillaron maliciosamente cuando balbuceó sus buenos días, y tan pronto como me fue posible me alejé sin ruido y me fui tras él.

—¿Qué traes? fue su primera pregunta.

—Dos melcochas, tres rebanadas de pan con manteca y salchichas, sardinas y torta de grosellas, dije, y al mismo tiempo iba sacando esos apetitosos comestibles.

El principió a comer inmediatamente mientras que yo, orgullosa y sofocada por el júbilo, arreaba los gansos delante de nosotros.

Del bosque de pinos que apenas si había recorrido en mis paseos, nos internamos en regiones para mí desconocidas. Matorrales enmarañados se elevaban a uno y otro lado del camino simulando una sombría espesura, hasta que de improviso se presentó delante de nosotros la vasta llanura ilimitada.

¡Qué hermoso era todo aquello! Hasta donde alcanzaba la mirada se extendía un mar de yerba y primorosas flores y, como olas petrificadas, se presentaban las toperas en largas filas que se levantaban bajo la yerba.

El aire recalentado reverberaba sobre la llanura, las abejas nos regalaban con su música zumbadora y arriba, en el claro azul del cielo, brillaba un sol de oro.

En las inmediaciones del bosque había una laguna con pequeños pantanos en que se veía una agua espesa y amarillenta. Bandadas de patos nadaban allí; en las húmedas orillas brotaban burbujas de entre la yerba y millares de suaves huellas marcadas por las patas de los gansos semejaban una extraña alfombra sobre el terreno. Allí estaba el paraíso de los volátiles.

Nos detuvimos y, mientras que los gansos chapuzaban en los pantanos, corrimos gozosos por el prado buscando mariposas amarillas y recogiendo verdes bayas.

Después jugamos a marido y mujer. Elisa, la gansita más mansa, era nuestra niña mimada. La acariciamos y castigamos, hasta que con inauditos esfuerzos consiguió escapar de nuestras manos.

Luego preparé la comida para mi marido. Desaté mi blanco delantal, lo extendí sobre el césped y coloqué encima el resto de lo que había traído.

El se sentó a mi lado gravemente y yo saltaba contentísima al ver con qué velocidad hacía desaparecer uno tras otro los manjares que componían nuestra merienda.

El sol se elevaba cada vez más en el horizonte hasta que sus rayos quemadores cayeron a plomo sobre nuestras cabezas. Comencé a sentir que me zumbaban los oídos, una vaga sensación de cansancio se apoderó de mí, y tuve hambre; pero mi marido se lo había comido todo.

Tenía seco el paladar y ardorosos los labios; para refrescarlos cogí yerba húmeda y la oprimí contra mi boca.

De pronto resonó a lo lejos en el bosque una campanada. Yo sabía bien lo que eso significaba: era el toque de medio día que me llamaba a la mesa. Y cuando se notase mi ausencia ¡Oh Dios mío! ¿qué sería de nosotros?

Me arrojé sobre la yerba y principié a sollozar amargamente, mientras mi compañero, para consolarme, me pasaba su áspera mano por la cara y el cuello.

De improviso salté y corrí por el bosque como perseguida por una Furia. Dos largas horas erré llorando en la espesura; por fin oí voces que me llamaban y dos minutos después me hallaba en brazos de mi hermano.

A la mañana siguiente compareció mi pobre amigo, acusado de seducción y rapto, ante el Tribunal de Justicia de su amo. El comprendió bien que debía pagar los vidrios rotos, no tuvo el menor reparo en echarse toda la culpa y, con la

mayor indiferencia, recibió el castigo que le aplicó mi hermano. Después, contra la baranda, se frotó enérgicamente y volviendo las doloridas espaldas se alejó de pronto, mientras que yo me echaba al suelo llorando.

Desde ese día le amé. Imaginé mil subterfugios para encontrarle secretamente, robé como una urraca para hacerle partícipe de mi rapiña y lo abrumé con toda especie de ternuras, queriendo con ellas recompensarle por los terribles azotes que había recibido.

El se dejaba amar indiferentemente y correspondía mi amor con tranquilas muestras de amistad y con su magnífico apetito.

Medio año después cambió nuestra situación. Mi pobre madre, que se sentía enferma desde hacía largo tiempo, tuvo que trasladarse al medio día por orden del médico, dejó la hacienda completamente en manos de mi hermano y yo tuve que acompañarla en su viaje a Riviera.

. . . . . .

. . . . . .

Nueve años debían pasar antes de que yo volviese a mi patria.

Mi regreso fué más triste de lo que había presentido. En Berlín, donde vivía después de la muerte de mi madre, me atacó una fuerte fiebre nerviosa que me tuvo en cama durante varias semanas. La ciencia médica me libró de la muerte; pero quedé convertida, de la floreciente joven que era, en una débil y pálida sombra de mí misma.

Mi médico me ordenó, para fortalecerme, baños de hojas de pino y aire de campo; me pusieron en el tren de ferrocarril y me trasportaron a la hacienda de mi hermano.

Cuando me bajaron del coche debí ofrecer un espectáculo doloroso, pues ví ardientes lágrimas en los ojos de los viejos sirvientes.

Es un sentimiento singular el que se experimenta cuando, después de un largo viaje, regresamos al hogar, particularmente si hemos sufrido grandes dolores. Cierta languidez se apodera de nuestra alma; tratamos de olvidar para siempre las penas que nos han causado gentes extrañas; deseamos volver a ser otra vez niños y evocamos dichas desde largo tiempo lejanas de nosotros.

Mientras yacía en mi sillón, y vagaba sobre el hogar mi lánguida mirada, vinieron unas tras otras varias sombras a

tomar vida delante de mí, y, entre la confusa multitud, fué la primera la de mi rubio y querido gansero.

¿Qué había sido de él? Pregunté a mi hermano y recibí la grata noticia de que ya era un fuerte y gallardo mancebo que debía en breve sustituir a su padre en los trabajos de la herrería.

Sentí que me saltaba el corazón. Traté de reprocharme mi locura, pero fué en vano. No pude desechar los antiguos y ví vidos recuerdos y, ya que era inevitable, comencé a fantasear acerca del instante en que volveríamos a vernos, forjando las más risueñas ilusiones con los bellos colores de las novelas románticas.

Algunos días después de mi llegada pude hacer mi primera salida, es decir, fuí conducida en coche en medio del bosque y colocada sobre el césped en un lugar adecuado.

Yo escogí el sitio en donde habían pasado los juegos de mi infancia y que me prometía la posibilidad de alcanzar a ver la herrería.

Mi hermano quiso quedarse a mi lado; pero yo le supliqué que no se apartase de sus quehaceres, pues la muchachita que para mi servicio me acompañaba me auxiliaría en caso necesario ¿Qué podría ocurrirme allí en el bosque próximo a la casa?

Entonces regresó él con el cochero habiéndome prometido volver por mí dos horas más tarde.

Después envié a mi pequeña compañera a recoger fresas, recomendándole que no se alejase, y salió saltando de alegría.

¡Ya estaba sola! ¡Gracias a Dios! Ya podía soñar con todas las fuerzas de mi corazón.

Los pinos murmuraban sobre mi cabeza y oía resonar los martillazos del herrero. De tiempo en tiempo, de la luz enrojecida de la fragua, se destacaba una oscura sombra: debía ser la suya. No me cansaba de seguir los movimientos de su brazo, admiraba su fuerza y temblaba por él cuando, al rededor de su cuerpo, saltaban las chispas luminosas.

Pasaron las horas. En medio de mis ensueños me sorprendió mi hermano que volvía a recogerme.

—¿Te ha parecido largo el tiempo? me preguntó en tono de broma.

Moví sonriendo la cabeza y traté de incorporarme, pero estaba tan débil que tuve que recostarme de nuevo.

¡Hum! dijo pensativo, he dejado al cochero en la casa,

pues creía que yo sólo podría subirte al coche, pero el asiento es alto y no podría hacerlo sin causarte daño.

—Niña, dijo dirigiéndose a la muchachita que estaba lista cerca del carruaje, corre a casa del herrero, el joven que ya sabes, y dile que venga a ayudarme, y al mismo tiempo arrojó al suelo una moneda de cobre que ella recogió radiante de alegría y partió a escape.

Sentí cómo se agolpaba la sangre a mis mejillas.

¡Iba a verle otra vez, allí en ese mismo sitio, y debía prestarme el oficio de samaritano!

Con la mano puesta sobre el palpitante corazón, me senté y esperé . . . esperé . . . sí. ¡Ya está aquí, qué fuerte y hermoso se ha hecho!

Rubios y poblados cabellos rodeaban su cara ennegrecida por el humo y en su fuerte barba nacía un suave e incitante vello: así debió aparecer el joven Siegfred cuando estaba de aprendiz en casa del horrible enano Mime.

Torpemente tomó entre las manos la gorra que tan aplomo llevaba sobre la nuca; pero yo le extendí sonriendo la mano y le dije: ¿Cómo está Ud?

—¿Cómo puedo estar? Bien, replicó él con risa embarazosa, limpiándose incesantemente los ahumados dedos sobre su delantal de piel, antes de tocar la diestra que le ofrecía.

—Ayúdame a subir al coche a la señorita, dijo mi hermano.

Se frotó una vez más las manos, me tomó con poca suavidad por debajo de los brazos, mi hermano me levantó por los pies, y en un instante me hallé colocada sobre el cogín del coche.

—Gracias, gracias, le dije, inclinando sonriente la cabeza.

El se quedó con la gorra entre las manos dirigiendo inconscientes miradas a mi hermano y a mí alternativamente.

El tiene también algo en el corazón, me dije. ¿Cómo podría ser de otro modo? Al verme se han despertado en él los antiguos recuerdos de aquellos tiempos de nuestra inocente niñez en que íbamos juntos a cuidar los gansos.

¡Oh! El no se atreve . . . la presencia de su señor . . . Será preciso que le ayude un poco.

—¡Y bien! ¿En qué piensa Ud. ahora? le dije, alentándole amistosamente con la mirada.

Mi hermano, que estaba ocupado con los caballos, se dirigió a él y le miró a la cara.

—¡Ah! sí, esperas tu propina, le dijo, y buscó en su bolsillo.

Aquello fué para mí como si me hubiesen dado un latigazo.

—¡Por el amor de Dios, Max! balbuceé, en tanto que sentía como una corriente de frío y de calor por todo mi cuerpo.

Pero mi hermano no me oyó, y le presentó, sí, osó presentarle una moneda de a marco.

Creí ver entonces claramente cómo mi joven amigo le arrojaba la moneda a la cara, me incorporé con viveza extendiendo las manos para evitar una desgracia . . . Pero, ¿Qué es esto? No, no es posible. Y sin embargo lo ví con mis propios ojos . . . ¡Tomó la moneda, hizo una inclinación de cabeza, dió las gracias y se fue!

Y yo, yo lo miré fijamente como a un fantasma y, después, suspirando, me hundí de nuevo en mi almohadón.

Así, amigo mío, dije yo adiós a los dulces sueños de mi juventud.

LA EDUCACION DEL NIÑO

Traducción del francés.

La misión más importante del hombre sobre la tierra es la educación del niño, la educación de una alma; pero ¡qué pocos se dan cuenta de la responsabilidad que asumen descuidando este gran deber de educadores!

El amor de la familia es el primer sentimiento que lanza al hombre al espíritu de sacrificio; más tarde este sentimiento se extiende a la patria; más tarde todavía a la humanidad entera, y por último se ensancha hasta el infinito y llega a Dios.

Vosotros estáis en el A B C de ese libro espléndido que el hombre no podría leer sin quedar fascinado: deletread siquiera las primeras palabras, y si ellas os causan alguna fatiga, os darán en cambio inefables alegrías.

Por su gracia y encanto, por su inocencia y la pureza que irradia de sus ojos, por las penas que os da y las grandes ale-

grías que os hace experimentar, el niño toma vuestro corazón en sus manecitas y ya no podéis escaparle.

Dios ha puesto en ese sér tan delicado un imán de los más poderosos que os atrae. Su debilidad que os pide apoyo, se apodera de vuestra fuerza y se hace a veces vuestro dueño. Es preciso que esto no sea así.

El niño desde su tierna edad debe siempre obedecer; pero no debéis obtener la obediencia sino por la dulzura, el razonamiento y la persuasión. El os escuchará siempre si sabéis hablarle. . . . vos sois todo para él: sois su universo.

Amad al niño, amadle con todas vuestras fuerzas. Es acaso un espíritu que viene a vosotros para cumplir su misión y que se os confía para que con vuestras lecciones y ejemplos consigáis hacerlo mejor.

Gran misión, misión elevada y difícil en la cual deberían reflexionar mucho los padres. Su porvenir y el de los seres que están a su cuidado depende de la manera como la cumplan.

Amad al niño, amadle con todas vuestras fuerzas; pero sobre todo dirigidle e instruidle. No seais avaros, ni perezosos para darle todas las explicaciones que pida, y no olvidéis nunca, cuantas veces se presente la ocasión, a propósito de todo y con cualquier motivo, cultivar esas pequeñas inteligencias tan deseosas de saber.

Es preciso escoger el momento oportuno, a veces único, en que el espíritu experimenta la necesidad imperiosa de aprender algo que debe conservar y clasificar en su cerebro; entonces no dudéis más, dejad lo que estéis haciendo, por importante que sea, para explicar al niño lo que solicita. Si el asunto es superior a su edad, si no puede comprenderlo, decídselo así, *pero no le engañéis nunca.*

Amad al niño, amadle con todas vuestras fuerzas; pero empeñaos en desenvolver en él la bondad, la caridad, la piedad para los débiles y el amor para todos. Esta instrucción debe ser de cada momento.

Vigilad de cerca para que ahoguéis en su germen los defectos o los vicios que traemos todos al venir a esta tierra, y pensad siempre en la responsabilidad que tendríais si por vuestra pereza, vuestra debilidad o negligencia, esta joven alma que viene a cumplir su tarea en medio de vosotros, errase su camino y siguiese la vía del mal.

En la dirección del niño, así como en la del hombre, la bondad no debe excluir la firmeza. Demasiada bondad favo-

rece a veces en las almas poco adelantadas el desenvolvimiento de vicios o defectos que pueden tener en lo porvenir funestas consecuencias. Durante toda su juventud tened, en cuanto sea posible, a vuestros hijos cerca de vosotros: no los confiéis a cuidados mercenarios. No os riáis de ellos cuando os hablen de cosas que os parecen absurdas e incomprensibles. Escuchadles con indulgencia y les haréis felices. El velo de la materia será corrido demasiado pronto sobre sus radiantes recuerdos.

Tened siempre en vuestra mano completamente abierta, el alma de vuestro discípulo para que pueda abrirse con facilidad, tener confianza y mostrarse francamente a vosotros.

Haced que el niño os dé a conocer siempre sus primeras sensaciones, sus primeras impresiones, tan duraderas, tan vivas y tan importantes en el curso de la existencia: ellas son la clave que os hará conocer ese espíritu que se abre a la vida: es necesario que éste no se cierre por timidez, por miedo o por un amor propio excesivo que puede llamarse el pudor del alma.

Es preciso que podáis observar de cerca esas frescas florescencias, no solamente para dirigir el espíritu del niño, sino también a fin de que ellas sean para vosotros una enseñanza y sobre todo, un dulce cambio de alma a alma; lazo estrecho que constituye el verdadero parentesco.

Acostumbrad a los niños a ser dulces e indulgentes entre ellos. El gran defecto del hombre es ver siempre el mal en los demás y no observarse así mismo. La indulgencia y la dulzura son dos grandes virtudes que el espíritu debe adquirir para elevarse.

Si os veis obligados a usar de severidad, conservad siempre la calma; después de la reconvención, hecha siempre con suavidad, perdonad y asegurad al niño que él ha realizado algún progreso. Entonces su valor se reanima, y ve la prueba de que puede volver de nuevo al sendero del bien.

El niño recae con frecuencia en sus faltas; pero el hombre no puede ser demasiado severo con él, por incurrir también frecuentemente en las suyas.

Para educar bien un alma, preciso es ante todo dar el ejemplo de las virtudes que se exigen de ella, tener un gran dominio sobre sí mismo, unir la firmeza con el cariño y la ternura con la autoridad. Es necesario que el afecto se haga sentir siempre y que la indulgencia mitigue la insistencia en las observaciones.

Dejad pasar las pequeñas faltas y no tengáis piedad para

las grandes, para las que vienen de la dureza del corazón o de algún vicio que no hayáis podido corregir.

Pacientemente, como la gota de agua que perfora la piedra, desarraigad las imperfecciones, guiad las facultades, reanimad el valor, iluminad el espíritu acerca del camino que debe seguir y exigid el trabajo y el progreso en nombre del afecto.

Haced vibrar los corazones, razonad, atraed: sed, en fin, el verdadero tutor que sostiene y dirige esas jóvenes plantas, abandonadas a veces, y que tenéis el deber imperioso de hacer crecer y fructificar.

Los viejos deben ser los intermediarios entre el cielo y la tierra, y los más jóvenes deben consultarles y oirles con el respeto que merecen todos los que tienen la experiencia de la vida y como una vislumbre del más allá.

La sabiduría debe residir en vosotros que sois los viejos y el peso de vuestras palabras debe ser siempre una prueba del justo equilibrio de vuestras facultades, que ninguna tempestad deberá conmover.

Pensad que se necesita más voluntad y firmeza para ser dulce que para ser fuerte.

La violencia y la cólera son malas consejeras. Sembrad vientos y recogeréis tempestades: sembrad sonrisas y haréis nacer al rededor de vosotros la ternura y el amor.

Sólo el bien puede producir el bien.

Cuando tengáis que dirigir conciencias que suponéis desalentadas, excitad siempre en ellas los sentimientos generosos. No las castiguéis moralmente. El castigo moral, menos aún que el castigo físico, no tendrá poder ni resultado alguno satisfactorio.

Obrad siempre con bondad, pero con firmeza; con dulzura armada de paciencia; con razonamientos sabiamente puestos a alcance de quien se trata de convencer, y sobre todo.... predicad con el ejemplo, ved claro.... y para esto reflexionad en el recogimiento de todo vuestro sér, y jamás seréis engañados.

Sembrad siempre en vuestro camino los buenos pensamientos, los buenos ejemplos y las buenas resoluciones. Ellos no germinarán tal vez en largo tiempo, los creeréis estériles o caídos en malas tierras: os engañáis. A su tiempo la simiente se desarrollará bajo ciertas influencias favorables, quizás tardías para los deseos del sembrador, y brotarán las buenas plantas. No os desalentéis por la lentitud del resultado. Que esto no

os preocupe en manera alguna, acaso no lo veréis vosotros; pero se conseguirá, y esto es lo principal.

"Sed perfectos como vuestro padre celestial es perfecto." Esta gran máxima es preciso tratar de practicarla todos los días, porque si vosotros pedís mucho a los pequeños y los jóvenes, justo es que exijáis mucho de vosotros mismos.

En esta vía de perfeccionamiento hay siempre demasiado que hacer, porque vuestros pequeños esfuerzos cuotidianos apenas bastarán para contener y destruir una mala costumbre o una tendencia perniciosa. Que todo lo que provenga de vosotros sea puro y bueno y esparciréis sin esfuerzo el bien y la felicidad en vuestro derredor.

Nada es tan contagioso como el ejemplo.

Recurrid a la bondad, a la calma, a la paciencia; practicad sencillamente estas virtudes y las personas más rebeldes serán convencidas y avasalladas.

¡Paciencia y dulzura siempre! Sed fuertes y dulces, tranquilos y buenos y podréis todo, absolutamente todo, en torno vuestro.

El bien atrae el bien, o si no existe, lo crea.

Poned todos vuestros esfuerzos cuotidianos en adquirir esa serenidad que debe irradiar de un alma en paz consigo misma y con todas las demás. No seréis grandes sino con este poder de irradiación celestial y sólo haréis el bien armados de esta virtud. Ayudaos los unos a los otros para adquirirla.

LA ROSA

(De Turgueneff)

Fue en los últimos días de agosto..... El otoño se aproximaba. El sol se hundía en el ocaso. Una lluvia torrencial, repentina, impetuosa, sin truenos ni relámpagos, acababa de recorrer a paso de carga toda la inmensa llanura.

El jardín, situado delante de la casa, humeaba como si estuviese ardiendo. La tierra, inundada antes por el agua, parecía bañarse en la luz de incendio del crepúsculo.

Ella, sumida en profunda melancolía, miraba obstinadamente el jardín, desde la sala, a través de la puerta entrecerrada.

Yo sabía lo que pasaba entonces en su alma: sabía que tras una corta y dolorosa lucha, cedía en aquel mismo instante a un sentimiento que no le era dado combatir por más tiempo.

De improviso, levantóse, salió vivamente al jardín y desapareció. Pasó una hora..... pasó otra, y ella no regresaba. Entonces me puse en pie y saliendo de la casa, me dirigí instintivamente en la dirección que ella había seguido.

Todo se oscurecía en derredor. La noche avanzaba rápidamente. Sobre la arena húmeda del sendero, enrojecida aún por la claridad que atravesaba la desgarrada niebla, vi un objeto redondo..... era una rosa tierna, apenas entreabierta. Dos horas antes había visto aquella misma rosa en el seno de la joven.

Recogí cuidadosamente la pequeña flor caída en el lodo y volviendo a la sala, la coloqué sobre una mesa.

Regresó ella por fin; con ligeros pasos recorrió toda la estancia y fué a sentarse en un sillón próximo a la mesa. Su semblante palidecía y se reanimaba alternativamente; corrió de pronto hacia otro lado con graciosa turbación. Viendo luego la rosa, arrebatóla, quedóse contemplando tiernamente los manchados y rugosos pétalos, volvió a mí la mirada, y apartándola súbitamente, se llenaron de lágrimas sus ojos.

—Por qué llora? le pregunté.

—Por esta rosa Vea cómo ha quedado.

Yo presumía la causa de su tristeza.

—Sus lágrimas la limpiarán, le dije con marcada intención.

—Las lágrimas no limpian, las lágrimas queman,—replicó, y dirigiéndose a la estufa, arrojó la flor a la moribunda llama.

—El fuego quema mejor que las lágrimas,— añadió no sin pesadumbre....

.....

Y comprendí que ella también..... estaba ardiendo.

RECUERDOS DE COLEGIO

AL REVERENDO PADRE LUIS J. ESPAÑA, EN EL DIA DE SU SANTO
(21 DE JUNIO DE 1878)

Querido y Reverendo Padre:

Hay momentos en la vida del hombre, momentos de llanto o de placer, que grabados en nuestra imaginación quedan siempre como el recuerdo, grato al par que doloroso, de las primeras caricias de una madre, si hemos tenido la desgracia inmensa de perderla. Momentos hay en que regocijado nuestro corazón parece elevarse y tender a su centro de felicidad.

El día de San Luis, el día del angélico joven, llegó por fin con sus cánticos de felicidad y el poético colorido que le dan las aclamaciones llenas de júbilo y de entusiasmo santo.

Es vuestro día, el de vuestro natalicio que debo celebrar; pero ay! así como una grata emoción enmudece al que la experimenta, quiere expresarla y no acierta a conseguirlo; así como el poeta, el verdadero poeta, que presentado de improviso ante el océano ilimitado, se suspende, la respiración parece faltarle y en lugar del hombre que desaparece envuelto en los pensamientos del infinito, no queda sino una estatua inanimada, pues a veces la inspiración huye de la sublimidad; así como al recibir una fatal noticia que ha de desgarrar nuestro sensible corazón, el grito se anuda en nuestra garganta y paralizada la sangre no circula ya por nuestras venas, así también, estimado Padre, hoy que el deber de persona agradecida me obliga a manifestaros mis sentimientos y a daros una y mil veces las gracias por los servicios que nunca puede olvidar un corazón sensible a las bondades de tan generoso protector, mi lenguaje calla enmudecido, mi pluma no acierta a manifestaros estos sentimientos y mi débil lira que apenas comienza a dejar oír sus melancólicos gemidos, no se atreve, no puede atreverse a expresar las emociones gratas, gratísimas que experimenta mi alma en este día.

El silencio es a veces más elocuente que la palabra misma. Sólo puedo ofreceros el humilde homenaje de un eterno reconocimiento.

Cartago, 18 de julio de 1878.

AL REVERENDO PADRE CAMILO DE KONINCK

Muy querido y Reverendo Padre:

Justo es que el hijo presente al padre que le ha mirado con cariño, una pequeña prueba de reconocimiento. Justo que el discípulo consagre a su querido profesor el homenaje de su gratitud sincera.

Quien obedece a los impulsos de la naturaleza no puede menos de dar cabida en su corazón a sentimientos de agradecimiento y de cariño hacia aquellos seres que le han proporcionado el bien, el mejor de los bienes, el bien de la verdad.

Hoy, pues, que llega el venturoso día de vuestro natalicio, nosotros, inteligencias pobres que apenas ponen, por la primera vez, el pié en el sagrado umbral de la ciencia; pero corazones que aman y almas que reconocen los favores y los desvelos que por ellas se sufre, queremos, ya que no otra cosa digna de vuestros merecimientos, ofreceros al menos el humilde y sencillo tributo de reconocimiento eterno.

Bien quisiéramos, querido Padre, expresaros los afectos de nuestra alma con los cantos de la poesía o las melodías del arte de Mozart; mas el sentimiento es también arte, pero hermano de la naturalidad. Si otra cosa hiciera, la torpeza de mis pensamientos, la aspereza de mis palabras, me impedirían deciros las naturales; pero vehementes emociones que experimento en estos momentos solemnes que han de quedar para siempre grabadas en lo más profundo de mi alma.

La sencillez es hermana también de la verdad. Leed benévolo estas líneas y por ellas juzgad de nuestros sentimientos que en este día de felicidad os ofrezco como humilde homenaje de la más viva gratitud.

Cartago, 25 de julio de 1878.

AL REVERENDO PADRE SANTIAGO PÁRAMO

Querido Padre:

Nace el hombre, y desde la cuna hasta el sepulcro, miserias y sufrimientos sin cuento le sobrevienen sin darle casi punto de reposo; mas, si el presente se nos ofrece con su aspecto más o menos repugnante, hacemos siempre gratos recuerdos del pasado y el porvenir se nos antoja, bajo la risueña forma de la esperanza, lleno de felicidad, de felicidad suma.

Eso no obstante, gratas emociones vienen de cuando en cuando a endulzar nuestra acibarada existencia. Hoy es uno de esos momentos de regocijo y expansión en que los afectos más profundos, las más agradables emociones nos conmueven. Hemos recibido, en vuestro nombre, el santo y augusto sacramento de la vida espiritual y venimos ahora a tributaros lo mejor que poseemos: el afecto sincero de nuestro corazón, siempre grato, siempre reconocido a vuestras bondades. Sí, gratitud, afecto sublime de nuestra alma que convertido en pasión vemos a veces por la intensidad de sus justos, benéficos efectos ¿qué es el amor filial, sino la gratitud del hijo? Los animales, en su incapacidad, nos muestran admirables modelos: el león, rey de las selvas y el fiero mastín, guardián de los palacios, lamiendo alborozados la mano que los acaricia. En ellos la gratitud es un instinto; en el hombre es más que un instinto, es una fuerza racional y, sin embargo, hombres ingratos, abortos de la humana naturaleza aparecen en todas las edades. La gratitud como sentimiento se expresa con un lenguaje natural: el poeta la expresará, naturalmente, con las armonías de su divino arte y la delicadeza de sus grandiosos pensamientos, el orador arrebatará con uno de esos golpes de entusiasmo que trasportan el espíritu a las regiones del ideal; empero, quien carece de dotes literarias, usará de la sencillez de sus conceptos para manifestar lo que su corazón siente, lo que conmueve su alma. Yo, pues, vengo a deciros solamente que sé ser agradecido y que vuestro nombre, la generosidad de vuestros sacrificios, se conservarán siempre en mi corazón con la misma viveza, con la misma intensidad que en estos momentos en que sólo puedo ofreceros eterna gratitud.

EL POBRE CHARINI

Señor don José María Zeledón

P.

Querido amigo:

Hace algún tiempo que tuvo Ud. la fineza de dedicarme unos sentidos versos. Permítame hoy ofrecerle la historia de un perrito, ajustada estrictamente a la verdad, escrita sin retóricas y al correr de la pluma.

Charini era el nombre de un precioso perrito faldero, pequeñísimo y que cuando estaba aún en la lactancia, vino a formar parte de mi familia. Era una monada, una miniatura, vivísimo y parecía formado de un solo copo de algodón: para que la semejanza fuese mayor, carecía de rabo, pues apenas mostraba el nacimiento de ese importante apéndice. Tenía una inteligencia muy despejada y una alma (1) muy afectuosa.

A propósito: nunca he podido comprender cómo Ud. que posee una alma tan hermosa, matizada seguramente con los más delicados colores que revelan inteligencia, bondad, veracidad y particularmente honradez y entereza de carácter, se desconoce a sí mismo; cómo Ud. que en su joven y digna esposa puede constantemente admirar otra alma bellísima y en sus tiernos niños, almas encantadoras y luminosas, tampoco quiere reconocerlas. Ud. no encuentra almas ni en los seres humanos y yo las presiento, y aún puedo decir que las veo, en los animales y hasta en las plantas. En una de mis primeras tentativas poéticas me atreví a decir que las flores la tenían y llegué hasta asegurar que era de un fondo nacarado. Qué tal? Pero volvamos a mi perrito.

Charini, decía, era muy cariñoso, particularmente conmigo, pues bien sabía que en la familia era yo quien le profesaba mayor afecto.

Principió a crecer y a hacer sus escapatorias furtivamente. Muchos sinsabores nos hizo pasar cuando ya era de noche y no

(1) No debe confundirse el alma animal con el alma humana, o mejor dicho, con el espíritu inmortal.

aparecía; lo esperábamos ansiosamente, mi esposa y yo, con la puerta de la calle abierta, hasta el momento en que, de improviso, comparecía hecho una lástima, cubierto de lodo; pero muy satisfecho de su correría y saltando de júbilo. Lo reprendíamos y lo acariciábamos a la vez, como se hace con un niño en casos semejantes.

Siempre aguardaba mi llegada y cuando me veía venir, descendía velozmente la escala y salía a recibirme con el gozo más intenso pintado en sus miradas llenas de gratitud y en el incesante movimiento de su rabo rudimentario. Ladraba suplicante, y no quedaba satisfecho hasta el momento en que, bajándome, le permitía morderme suave y repetidamente las manos. Cuando lo habían castigado por alguna travesura, me lo contaba con un ladrido especial que yo comprendía perfectamente y si lo alzaba un instante, lo colmaba de felicidad.

A las horas de comer, cuando encontraba una silla vacía, la ocupaba, sentado sobre las patas traseras, sin molestar en lo más mínimo, contentándose con mirarnos melancólicamente. Un día, estando en esa posición con un aire más dulce y grave que de costumbre, se le ocurrió a uno de los niños decir: Charini tiene cara de santo, y a mí preguntar: y qué pecados puede tener Charini? La impureza, replicó uno de ellos más avisado. Pensé entonces para mis adentros: Qué felices seríamos los hombres si tuviésemos ese único pecado!

Cierta noche, era ya tarde y el perrito no aparecía. Lo esperamos largo tiempo, cerramos tristemente la puerta de entrada y nos acostamos pensando en lo que podía haberle sucedido.

Al día siguiente, con gran sorpresa y satisfacción nuestra, recibimos una carta de él. Sí, amigo mío, nos escribió una cartita en que se excusaba por habernos dejado sin permiso y tomado el tren el día anterior, en que iba música de banda para las fiestas de Cartago, con el pretexto, según decía, de acompañar a mi tío y a uno de los niños que se dirigían a la antigua capital. Y se firmaba CHARINI.

Esto fué, naturalmente, una broma de mi tío encaminada a darnos noticias del perrito a quien sabía queríamos tanto.

Tuvo también una aventura. Una tarde, intentaba yo dormir la siesta, cuando oí el ruído de un disparo y los gritos de angustia de Charini en la calle. Acudí presuroso y, cuál no sería mi pena, y al propio tiempo mi indignación, cuando lo ví en brazos de uno de mis hijos, ante quien, un muchacho sin en-

trañas y sin más motivo que el de ensayar su puntería, le había dado un balazo con una pistola.

El perrito se retorcía y se quejaba amargamente.

Mi señora y yo alborotamos el barrio con el relato de aquel hecho que juzgábamos criminal y nos quejamos en toda forma al padre del muchacho: un honrado obrero de nuestra vecindad.

Atendimos solícitamente al pobre herido y logramos salvarlo; pero le quedó siempre la bala que podía tocarse debajo de la piel.

Vino por fin una de esas crueles disposiciones de policía en persecución de la desventurada raza canina. Tuvimos encerrado al animalito; pero un día se nos escapó y no llegó a la hora de almuerzo. Envié apresuradamente a uno de mis niños al corral de la policía con cinco colones para el pago del rescate y volvió diciendo que, efectivamente, estaba allí y se había puesto contentísimo cuando lo vió venir, pero que no se lo habían querido entregar porque era preciso pagar diez colones para obtenerlo, añadiendo que había quedado de volver dos horas más tarde con el dinero.

Apenas almorzamos, volvió el niño, llevando esa suma (que habíamos reunido recogiendo cuanto dinero había en casa, pues estábamos a fin de mes).

Cuando regresó, ví en su semblante que había ocurrido una desgracia. Bañado en lágrimas nos refirió que, sin haber querido esperarlo, habían dado muerte al perrito, tomándolo por las piernas y estrellándolo contra un poste. Nuestro dolor y nuestra indignación no son para descritos. Estuvimos verdaderamente de duelo.

Así concluyó el pobre Charini su vida de amor, de gratitud y de la más tierna afección para toda mi familia y especialmente para mí.

Su afectísimo amigo y s. servidor,

J. M. Alfaro Cooper

San José, 17 de agosto de 1910.

NOCHEBUENA

Esta noche se celebra en todo el mundo cristiano el más alto acontecimiento de la Historia: el misterio de la encarnación del Hijo de Dios que se hizo hombre para la redención del género humano.

Para los creyentes, ese inefable recuerdo, nos pone de rodillas y trae a nuestros labios una palabra de amor y de agradecimiento por tan incomparable beneficio que puede comprenderse únicamente sumergiendo nuestra alma en el océano infinito del amor divino.

Para los que no tienen la fé de Cristo, será siempre el acontecimiento más trascendental en la Historia de las naciones.

Y para los niños? Para los predilectos de Jesús, para esos seres llenos de gracia y de candor que son el encanto del hogar, la alegría de sus padres y la esperanza risueña del porvenir, en cuya sonrisa se vislumbran las dulzuras del Paraíso,

"esos recien venidos
de las playas celestes",

como dijo un gran poeta, es el día del regocijo, de los juguetes de Noche Buena. Los hijos de los ricos recibirán del Niño (No es siempre en su nombre y no lo recibimos todo de Dios?) regalos valiosísimos, y los pobrecitos, los hijos de los desheredados de la fortuna, también serán visitados por él, porque la caridad que inspira en los corazones generosos suplirá a la fortuna y, a falta de magníficos regalos, recibirán otros más modestos; pero que, para ellos no acostumbrados a tan deliciosas sorpresas, serán el colmo de sus infantiles deseos.

Que Dios prodigue sus bendiciones sobre esas personas amantes de los pequeñuelos y que el Dios Niño los obsequie con sus más preciosos regalos, llevando la paz a sus corazones y el perfeccionamiento en el sendero espiritual a sus almas generosas.

1913.

INDICE

Página

Ante mi retrato..... 5

VOCES DE ALIENTO:

Del Dr. Machado..... 7
De José María Solano..... 8
De César Nieto..... 9
De Luis Dobles Segreda..... 11
De José María Zeledón..... 12
De José Fabio Garnier..... 14

VIEJOS MOLDES

VERSO

A mis versos.—Tristeza.—Anhelo..... 23
Ilusión y realidad.—Rimas..... 24
A la Sociedad «El Porvenir»..... 26
Revelación..... 27
A Rubén Darío..... 29
El ósculo de una artista.—A.....—A Chepita Mata.—A Consuelo..... 30
A la Patria.—A Bolívar.—Al 15 de Setiembre (1883)..... 31
Al 15 de Setiembre (1884)..... 32
Himno Nacional (Letra para el concurso)..... 33
A una amiga de mi madre..... 34
Cómo es ella.—Risa y llanto.—Las dos dudas.—Desencanto.—A Marcelina..... 35
A un poeta.—Adiós a.....—Ni soñada..... 36
Las primas.—Decepción.—Cantarcillos..... 37
Inédita.—En un álbum..... 38

Página

Después de leer a Bécquer.—A Evangelina..... 39
Por el arte.—Ante la estatua..... 40
Dos de Noviembre..... 41
A una poetisa.—Primer tributo..... 42
Luctuosas..... 43
Nostalgia..... 46
La abuela.—Nochebuena..... 47
De mi hogar..... 48
Amores.—Rimas breves..... 49
A mi esposa (1903).—Ausencia..... 50
A mi esposa (1914)..... 51
Tentación..... 52
Himno Eucarístico.—Canto a la Eucaristía..... 53
La mejor Comunión..... 54
A Jesús Sacramentado..... 55
A María.—A San José.—Lágrimas de madre.—El Angel.... 56
Dos juicios sobre la vida humana..... 57

PROSA

El Gansero..... 59
La educación del niño..... 67
La rosa..... 71
Recuerdos de colegio..... 73
El pobre Charini..... 76
Nochebuena..... 79

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

Sept 14

21 Feb '55

Feb. 6 55

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028266563